

San Rafael Arnaiz Barón



ÍNDICE

	PÁGINA
Homilías en la festividad de San Rafael Arnaiz	
<i>P. Andrés Barrón, oco</i>	3
<i>Mons. Juan A. Martínez Camino</i>	4
Presentación del último libro de San Rafael Arnaiz	
<i>Cardenal Ricardo Blázquez</i>	7
<i>P. José Antonio Gimeno</i>	10
Hermana María Clemencia de la Transverberación	
<i>P. Arturo Díez, L.C.</i>	12
Lectura del Hermano Rafael desde el silencio y la soledad del Yermo camaldulense	
<i>Javier Onrubia Reuelta</i>	29
Letanías de San Rafael Arnaiz (I)	
<i>P. Victorino Mayo Blanco, oco</i>	38
Oración a San Rafael Arnaiz	
<i>J.V.M.C.</i>	49
Así vivió Rafael en la Trapa (VII)	
<i>P. Alberico Feliz, oco</i>	44
Testimonios y favores	58
Donativos	61



HOMILÍAS EN LA FESTIVIDAD DE SAN RAFAEL

La Trapa, 27 de abril 2020

P. Andrés Barrón, oco

Rafael murió tal día como ayer, a los 27 años, en pleno tiempo de Pascua, y cuando España estaba sumida en una sangrienta guerra civil. Mientras fuera del monasterio tronaban los cañones, él hacía de su vida una ofrenda al Amor en vez de una ofrenda al resentimiento y al odio.

En él hallamos una experiencia llena de pasión espiritual; porque Rafael es un arrebatado, una locura, un amor apasionado: “Esta es la locura de Cristo -nos dice-. Los ojos fijos en Jesús ni aun de comer se acuerdan, ni temen los fríos, ni la pobreza humilde; ni el amor a sus padres y hermanos detienen a los amantes de Jesús”.

Desde esta pasión y esta locura, su grito se eleva a veces como el de un profeta que quisiera despertar la conciencia de este mundo que parece estar perdiendo el sentido de Dios, mientras se lanza a la conquista de su auto suficiencia a través del progreso de la ciencia y el desarrollo tecnológico.

Sin embargo, vemos que la alegría y la paz no van en consonancia. “Cuando veo tan fácil la solución para que los hombres sean felices, pero éstos, ciegos o locos, no lo quieren ver”. El mundo ha necesitado una situación



que le desborda, como esta Pandemia, para ejercer los valores más importantes que teníamos atrofiados de no usarlos.

Pero si en Rafael hallamos una pasión, también hallamos una fe sin fisuras y una voluntad indestructible de seguimiento de Cristo.

Su vida fue una configuración con el Cristo Pascual: con Su Muerte y su Resurrección. Sufriendo muchísimo y estando siempre alegre y con paz, abrazado a la Cruz que Dios le regalaba.

Cuando vemos tantos que tiran la toalla ante la menor dificultad, él mantuvo hasta el final su *fiat* por fidelidad a la conciencia de una llamada. Este fue su planteamiento: “Si vieras que Jesús te llamaba y te daba un puesto en su séquito... y te dijese: ¿por qué no me sigues?... ¿Tú, qué harías?”.

Lo que él hizo, ya lo sabemos: “Voy, Señor. Si Tú me admities voy”. ¿Estoy dispuesto a decir lo mismo, pase lo que pase, hasta el último suspiro de mi vida?



También Mons. Martínez Camino, desde la capilla de la Sede de la CEE de Madrid, en la celebración on line, del III Domingo de Pascua, tuvo un recuerdo especial para san Rafael, que entresacamos de su homilía.

Mons. Juan A. Martínez Camino

Queridos hermanos, especialmente vosotros, tantos que os reunís en nuestra celebración y no podéis ir a la iglesia, reclusos en casa, o desde el hospital, la residencia y otros centros: a todos vosotros, muy queridos por Dios, la paz del Señor resucitado. (...)

Tal día como hoy, un 26 de abril de 1938, moría de un coma diabético a los 27 años san Rafael Arnaiz Barón. Estudiante de arquitectura, buen dibujante, escritor, Rafael lo había dejado todo para responder, lleno de ilusión, a la llamada del Amor mayor. La enfermedad, agravada por las penurias de la guerra, truncó sus planes. Pero lo ayudó a descubrir una misión estupenda que

él llegó a formular con palabras nada fáciles de oír: “Mi vocación -decía- es sufrir, sufrir en silencio por el mundo entero, inmolarme junto a Jesús por los pecados de mis hermanos” (OC, 1.090).

Entonces, como ahora, eran palabras escandalosas. Porque los ideólogos del progreso nos han inculcado la falsa idea de que la vida ha de ser indolora a toda costa. Fabulan que no tardará en llegar el día en que hayamos hecho desaparecer todo dolor de la faz de la tierra.

Mientras tanto, a la espera del posible cumplimiento de esa utopía, la gente tiene que sufrir ¡y no poco! Pero ¿qué hacer entonces con el sufrimiento? La ideología del progreso muestra su falsedad, cuando deja a los que sufren desarmados y solos ante su destino.

En cambio, san Rafael Arnaiz (...) y todos los santos nos muestran que el sufrimiento puede convertirse en camino para la verdadera felicidad. Es más: que no puede haber vida plena sin aceptación de la muerte; ni amor verdadero, sin negación de sí mismo, sin ruptura del egoísmo; por ejemplo, con la limosna y la compasión.

Un día Rafael pintó la silueta de un monje que contempla las cruces de un cementerio. Al lado escribió dos palabras: “Saber esperar...”. Y comenta: “La alegría de vivir, para el trapense, con-



siste en la esperanza cierta de morir... Cuando contemplamos en el cementerio las cruces que señalan el sitio donde están nuestros hermanos..., nos causa gran alegría. Una alegría intensa de saberlos ya en el cielo, y que nosotros algún día estaremos con ellos... Toda nuestra ciencia consiste en saber esperar” (OC, 496).

¿Cómo puede haber alegría a la vista de la muerte? Con la ciencia de la esperanza. Una ciencia bastante desconocida también para nosotros, que nos sentamos tantas veces a la mesa del Resucitado sin saber bien lo que hacemos. Pero sin esa ciencia, el cristianismo se convierte en una ideología más y los cristianos perdemos la luz de la Cruz gloriosa. Incluso llegamos a medir lo que valemos por el baremo de nuestra contribución a un «progreso» ideologizado.

Todo lo contrario de Rafael y de los santos... Él sufre con alegría, porque espera la Gloria, porque sufre con Cristo y recibe su amor: “¡Es tan difícil explicar por qué se ama el sufrimiento! Pero yo creo que se explica, porque no es el sufrimiento tal como es *en sí*, sino tal como es en Cristo, y el que ama a Cristo ama su Cruz” (OC, 1.124).

Madre del Señor Resucitado, Virgen María, tú que eres la puerta del Cielo, ruega por nosotros. Amén.



Presentación del último libro de San Rafael Arnaiz

“Hermano Rafael el camino de la Santidad”

El 19 de diciembre de 2019, tuvo lugar en el Palacio de la Diputación de Palencia, la presentación del libro de periodista Fernando Caballero Chacón, que ya anunciamos en el último Boletín. En ella hubo varias intervenciones y testimonios que aludían a los “Procesos de Beatificación y Canonización de Rafael Arnaiz Barón”, subtítulo de libro. Nos complace, en el presente Boletín, incluir alguna de estas intervenciones, destacando la de Mons. Ricardo Blázquez Pérez, cardenal arzobispo de Valladolid, (resumida), y la del P. José Antonio Gimeno Capín, Superior del monasterio de la Trapa.

D. Ricardo Blázquez Pérez

La proximidad geográfica e histórica de los santos nos invita particularmente a acudir a su intercesión y a tener presente su ejemplo. Hoy os recuerdo a uno.

“Llegar y besar el santo”, este dicho coloquial me lo puedo aplicar en relación al Hermano Rafael; resume de manera gráfica la suerte que me cupo al llegar como Obispo a la diócesis de Palencia. El día 19 de julio de 1992 tuvo lugar la celebración del comienzo de mi ministerio en la Catedral, y poco más tarde, fue beatificado el Hno. Rafael en Roma el día 27 de septiembre.

Mons. J. A. Martínez Camino, que con la intención de discernir su vocación pasó una larga temporada en la Trapa de San Isidro de Dueñas, ha escrito en el prólogo del libro que presentamos: “Los santos no sólo tienen una vocación a la que Dios llama, sino también una misión que la Providencia les confía en el contexto histórico que les toca vivir”. Aunque se comparta con otros una vocación específica eclesial dentro de la común vocación cristiana, cada persona es irrepetible para la que Dios tiene un proyecto singular. Rafael fue descubriendo el perfil más concreto de su vocación, que formulaba en 1938 con las siguientes

palabras: “Mi vocación es sufrir, sufrir en silencio por el mundo entero; inmolarme junto a la cruz de Jesús”. La vocación monástica del Hermano Rafael se fue concentrando en sufrir junto al Señor crucificado y en comunión profunda con Él. En la Trapa no tanto vivió cuanto sufrió y murió. Son una vocación y una misión inefables realizadas con obediencia a Dios y un gozo transparente como irradia el retrato que en la iglesia del Monasterio está junto a la arqueta con sus restos sagrados. Tanto las luces como las flores colocadas en ese rincón iluminan su sonrisa honda y serena. ¡Ha encontrado su lugar! No se puede negar la plenitud de su vocación y misión originales.



Nos atrevemos a afirmar que el Hno. Rafael es la historia personal, corta e intensa, de un despojo que vivió no como pérdida sino como identificación con Jesús crucificado. La diabetes sacarina le fue cortando los caminos, debilitando hasta la extenuación sus fuerzas y destruyendo la vida.

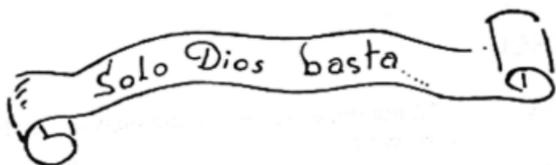
Vivió este despojo creciente con alegría y gozo profundos e incontenibles como reflejan su mirada y su rostro. “El que ama a Cristo, ama su cruz”. “Saber esperar” es la ciencia sublime de un trapense que vive y quiere ser fiel. Su alegría consiste en la esperanza cierta de que el Señor está, vendrá y nos llevará con Él. “Estad alegres, porque el Señor está cerca” (cf. Fil. 4,4-5). Un cristiano también en el umbral de la muerte, puede esperar, porque morir es un paso, “morir es solo morir” (J.L. Martín Descalzo), la muerte es una puerta hacia el encuentro con Dios cuyo rostro sin velos podrá contemplar: “Rompe la tela de este dulce encuentro”, escribió san Juan de la Cruz.

Rafael murió en la Trapa. “Le di a Dios mi persona, mi alma, mi corazón, mi familia. Hubiera deseado ser monje y sacerdote, pero Dios en su designio de amor y sabiduría decidió que muriera como oblató. Entró a mediados de enero de 1931. A los cuatro meses tuvo que salir por la diabetes grave. Dos años estuvo fuera de la Trapa. Regresó al monasterio por cuarta y última vez el 15 de diciembre de 1937. No profesó según hubiera deseado confiando en que era la llamada de Dios; no pudo vivir y convivir con la comunidad; cada salida era un desgarrón personal, y siempre añoraba volver a su Trapa, el lugar que el Señor le había mostrado. Rafael escuchó una llamada de Dios y se puso en camino, pero Dios se atravesaba en cada recodo. Murió en la cruz con Cristo, como Cristo y por Cristo.

¿No se puede con la debida distancia, comparar la historia de la fe del Hno. Rafael con la historia de Abrahán, el padre de los creyentes? Dios mandó a Abrahán salir de Ur de los Caldeos, prometiéndole una tierra y una descendencia más numerosa que las estrellas del mar. Pero tuvo que peregrinar hasta entrar en la tierra prometida. La descendencia tardó en llegar, y cuando concibe su esposa, pasada la edad y él anciano, y ha crecido Isaac, inexplicablemente le pide el mismo Dios que sacrifique al hijo de la promesa en el monte donde Dios provee.

La carta a los Hebreos al hacer el elogio de los testigos de Dios (cf. 12,1), subraya tres momentos de la historia creyente de Abrahán. Le manda salir de su tierra a una tierra desconocida y él obedece; le promete un hijo y sabiendo que Dios puede cumplir lo prometido se fía de Él; y contra toda razón humana le pide la vida de Isaac, y Abrahán reconociendo que para Dios nada es imposible, se dispone a sacrificarlo y lo recobra en el momento del peligro (cf. Heb. 11.8-19; Gen. 22, 1-19.

Dios cumple su promesa cuyos ejes centrales son la obediencia y el don de la tierra, rompiendo los esquemas y proyectos de Abrahán. Dios cumple la promesa también a Rafael por unos caminos y unos tiempos insospechados, pero se fía de Dios, que en la Cruz de Jesús resucitado lo espera, acompaña y fortalece. “¡Sólo Dios!”



P. José Antonio Gimeno, Superior de San Isidro

“En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el hijo”. (Hb. 1,1-2a). El inicio de la carta a los Hebreos nos recuerda que a lo largo de la historia de la humanidad la relación entre el hombre y Dios, el Creador y su criatura, se ha dialogado de distintos modos.

Desde que el Hermano Rafael falleció en medio de la soledad y el silencio de la enfermería de la Trapa, parece que no ha dejado de hablar y comunicarse con el mundo. Este libro que hoy se presenta a los lectores y devotos de nuestro Santo es un claro ejemplo de esta realidad. Su espíritu sigue vivo en medio de la lectura de sus escritos, y Dios hizo milagros en su vida y tras su muerte.

Hoy no voy a explicar el camino interior de nuestro hermano, hay muy buenos estudios sobre este tema. En este rato trataré de explicar la importancia de san Rafael en nuestro monasterio y la vitalidad con la que hoy sigue viva entre los monjes, y en todas las personas que se acercan a sus escritos, sobre todo a partir de lo que nos describe este libro: Un camino sobre los procesos eclesiales nacidos a partir de la devoción de la gente hacia Rafael.

Desde que se comenzaron a publicar sus obras gracias a su tío y a su madre, el monasterio de la Trapa no ha dejado de ser conocido como “la Trapa del Hermano Rafael”. Aún hoy contamos en el monasterio con multitud de personas que se acercan a nuestros muros para conocer el lugar donde un día Rafael se acercó y quedó enamorado, un 23 de septiembre de 1930, como nos dice en sus escritos: “¿Qué queréis que os diga? Lo que vi y pasé en la Trapa, las impresiones que tuve en ese santo monasterio, no se pueden, o por lo menos, yo no sé explicarlas y solamente Dios lo sabe”.

A partir de entonces comienza un camino que le llevará por sendas unas veces más claras y otras más oscuras, momentos de paz y de gozo, y momentos de soledad y sufrimiento. Pero éste es el camino de los santos, éste es el sendero que debe pasar aquel que un día, enamorado, decide abandonarlo todo en busca de la persona amada. Este sendero estuvo marcado por sus distintas entradas y salidas del monasterio, por su enfermedad, hasta su muerte en la enfermería el 26 de abril de 1938.



A partir de este momento, Rafael, comienza otra vida ajena a su voluntad, ya es un alma totalmente entregada a Dios, Dios mismo lo utiliza para proclamar en todos los rincones del mundo su Evangelio. Comienzan a publicarse sus escritos, a llegar cartas al monasterio de personas que, habiendo conocido los escritos de Rafael, les ha cambiado la vida; peregrinos que se acercan a la Trapa para estar cerca de nuestro Hermano; se abre el proceso diocesano, la exhumación, la declaración de sus virtudes heroicas, beato y, al fin, proclamado Santo de la Iglesia universal... Todo un camino descrito a lo largo de estas páginas redactadas por su autor.



Hoy siguen viniendo peregrinos. La canonización nos abrió una nueva puerta en la Iglesia para venerar a nuestro santo, nuestro Hermano san Rafael que, aún siendo de San Isidro, se encuentra por todo el mundo.

Una semana antes de morir, Rafael realizó tres dibujos que pueden ser un resumen de esta obra que hoy presentamos: El primero es un humilde lego, figura de Rafael, que ha elegido el camino de la verdad en la noche oscura del mundo; el segundo es un alma que adora a Dios en la grandeza de su creación, y, mirando al mundo, contempla la belleza de la obra de Dios y pide a todas las criaturas que adoren a Dios; y el tercer dibujo es un monje subido a una peña que contempla el mundo y se siente extranjero y peregrino.



Este monje que contempla al mundo hoy es san Rafael Arnaiz que nos contempla para que, siendo extraños y peregrinos de este mundo, podamos alabar con él a Dios y darle gracias por las maravillas que ha obrado. Seguro que este libro sobre los procesos de beatificación y canonización de nuestro Santo, será de gran ayuda para aproximarnos a nuestro hermano san Rafael.

Hermana María Clemencia de Transverberación

La duquesa que abrazó la pobreza de la Descalcez

P. Arturo Díez, L.C.¹

María del Socorro Osorio de Moscoso y Reynoso nació en Madrid el año 1899. Heredera de 33 títulos nobiliarios, era habitualmente conocida por el de Duquesa de Maqueda. A los 17 años contrajo matrimonio con D. Leopoldo Barón, tío de san Rafael Arnaiz Barón, monje trapense. Entre las cartas más hermosas de éste destacan las dirigidas a su tía María. Por entonces, ella tenía hecho el siguiente pacto con su marido: si ella moría antes, él entraría monje en la Trapa de Venta de Baños; si sucedía al revés, ella entraría carmelita descalza en el Monasterio de La Encarnación. Al suceder esto último en septiembre de 1952, ella cumplió su promesa e ingresó en el Carmelo el 27 de abril de 1954, cuando contaba 55 años de edad.

Fue un alma que destacó notablemente por su gran sencillez y humildad, lo que fue de gran edificación, teniendo en cuenta la vida que había llevado en el mundo. Falleció el 20 de octubre de 1980.

“Te quiero muy santa, muy de Dios, muy arriba [...]. Mira a Jesús en la Cruz, mira a Dios que te ama, seas como seas. No midas tu amor, porque es el tuyo. Mide el que Dios te tiene a ti, y entonces... asómbtrate [...]. Busca el corazón de Dios, que ése es insondable; húndete en Él y no mires ni busques otra cosa”².

1 Agradecemos al P. Arturo Díaz, L.C., capellán del Carmelo de La Encarnación de Ávila, su amable autorización para publicar en este *Boletín de San Rafael Arnaiz*, esta reseña biográfica sobre la Duquesa de Maqueda, extracto de su libro *Vidas edificantes. Historias de carmelitas reflejo de Santa Teresa*, Aranjuez (2018), Ed. Xerión.

2 Obras Completas Hermano Rafael. Ed. Monte Carmelo, 1988. Carta nº 102, a su tía María, Duquesa de Maqueda, 1 de diciembre de 1935.

“¿Qué más da todo? Tienes el amor de Dios aunque no lo sientas. Él está haciendo su obra, déjale hacer”³.

“Hasta que no tengamos un perfecto abandono en manos de Dios, no habremos hecho nada. Pero mira, que sea un abandono alegre, que sea confiado de veras, que el Señor vea en nosotros almas completamente indiferentes a todas las penas y alegrías... Pero que esa indiferencia no caiga en apatía o en otra cosa peor ¿me entiendes? Que sea un abandono por amor a Jesús, que el amor sea el que nos rija, y no el egoísmo de un camino fácil”⁴.

Con estas bellas palabras le presentaba San Rafael a su tía todo un programa de vida espiritual; programa que le daría la clave que la orientaría en el mundo y en el Carmelo: buscar a Dios, abandonarse en Él, vivir de su amor, abrazarse a su Cruz. Así vivió ella: buscando a Dios, buscándolo siempre y de tal manera, que no dudó ni un instante en venderlo todo: riquezas, honras y grandezas, amores puros y legítimos, por hallar el tesoro escondido, la perla preciosa del Evangelio.



Ante la incompreensión del mundo, ante el dolor de su corazón de madre por la separación de sus hijos, a los que amaba entrañablemente, ella avanzó por la senda estrecha de la Cruz, y se abrazó, radiante de alegría, con la austeridad del Carmelo, fiel a

3 Ídem. Carta nº 96, 16 de noviembre de 1935.

4 Ídem. Carta nº 127, 23 de febrero de 1936.

la promesa que un día hizo a Cristo, en quien encontró todo el amor capaz de saciar su corazón.

Nació María del Socorro en Madrid, el 30 de junio de 1899, en el seno de una familia profundamente católica. Fue la segunda de cuatro hermanos, dos chicos y dos chicas. Muy pronto empezó a gustar el valor de la Cruz. Su madre murió cuando ella contaba tan sólo 4 años de edad, prueba que dejó una profunda huella en su alma. Su padre volvió a casarse, y el Señor le concedió encontrar en la nueva esposa una auténtica madre. De este matrimonio nació un hijo que vino a incrementar la familia.

María fue educada en el colegio de la Asunción de Loreto, donde aprendió la cultura general que entonces recibían las niñas. La vida familiar transcurrió feliz, hasta que en la persecución religiosa que se cernió sobre nuestra Patria en 1936, el sufrimiento volvió a llamar a su puerta con la muerte violenta de sus tres hermanos. Todos quedaban conmovidos al ver el recordatorio con la fotografía de los tres, acompañada por la bandera de España; se venía a la mente aquello de: *“Ante Dios nunca serás un héroe anónimo”*.

A los 17 años contrajo matrimonio con D. Leopoldo Barón. El Señor bendijo esta unión con cinco hijos: tres chicas y dos chicos, a cuya educación se consagró con entrañable amor.

En sus primeros años de matrimonio, hicieron una vida social algo mundana, mas al escuchar unas conferencias que el Padre Alfonso Torres, S.I.⁵, dio en Madrid, sus vidas dieron un cambio radical. Las palabras del Padre calaron tan hondo en sus corazones que pasaron de vivir frívolamente a lanzarse sin rodeos por el camino de la santidad.

A partir de entonces, María empezó a confesarse asiduamente con el Padre Torres, que la estimaba en gran medida. Su sólida doctrina la orientó de tal manera que se puede decir que no

5 Nació en 1879 en Zurgena (Almería), donde se ordenó sacerdote en 1903. En 1908 entró en el noviciado jesuita de Granada. En 1912 fue destinado a Madrid. Allí trabajará casi 20 años, llegando a ser un famosísimo orador. Cuando se proclamó la República en 1931 logró huir a Roma. En 1937 volvió a España y falleció en Granada en 1946. Fue director espiritual de almas de gran altura, entre ellas Santa Maravillas de Jesús.

corría, sino volaba por el camino de la virtud, siempre secundada por su marido.

Un Padre carmelita descalzo escribía así de ella: *“Siempre me edificó su buen espíritu. Asimiló bien la vida espiritual al lado de un marido que era un verdadero santo”*.

Formó a sus hijos uniendo a la vez una gran solidez de criterios con una sobriedad y sencillez que llamaba poderosamente la atención, dada la clase social a la que pertenecían.

Su hija Dolores testimoniaba:

“De mis padres puedo decir que eran muy espirituales, dos enamorados de Dios. Todo lo que no fuese Dios, para ellos no contaba”.

Era muy edificante ver al matrimonio por los barrios extremos de Madrid con un saco de arpillera al hombro repartiendo limosnas a las personas más necesitadas. Esto, en aquella época en que se estimaba tanto la posición social y los halagos del mundo, tenía un valor particular.

Iba también habitualmente al Cotelongo, donde pedía que le diesen los oficios más humildes. Se sentía feliz limpiando los servicios y fregando, dando de comer a los enfermos más impossibilitados y a los que por su estado físico menos atraían.

Por todo esto, María supuso un verdadero ejemplo en su ambiente, y una demostración palpable de que se puede y se debe vivir santamente dentro de una clase social alta, que no está exenta de la posibilidad de una vida sobria y mortificada.

Los veranos los pasaban habitualmente en una finca que poseían en la provincia de Ávila, llamada “Pedrosillo”. Esto dio ocasión a que la Duquesa conociese el Monasterio de La Encarnación. Su hija Dolores testificó que, cuando pasaban por delante del Monasterio, su madre le decía: *“Mira, yo ahí moriré”*, lo cual le impactaba mucho, pues ¿qué podía presagiar lo que ocurriría?

En esa casa se desarrollaba una vida de intensa piedad: santa Misa diaria en la capilla que habían preparado en la finca; por la tarde, rezo del rosario en familia; los jueves y domingos tenían exposición mayor del Santísimo con bendición, y por la noche,

nadie se acostaba sin haberlo antes visitado.

D. Leopoldo sintió por este tiempo la llamada de Dios –y antes que su esposa–, tras visitar la Trapa de Venta de Baños, circunstancia de la que se valió el Señor para que su sobrino Rafael la conociese. Él había pedido a sus padres como regalo, al terminar el bachillerato, que le permitiesen pasar parte del verano con sus tíos. Desde aquella primera vez, ya no dejó de hacerlo. En una carta a su tía, recordaba agradecido aquellos veranos en la finca:

“Siempre me acordaré de mis charlas contigo en Pedrosillo, en que yo te contaba tantas pequeñeces y tú, con tanta caridad, me hacías ver al Señor, y tanto aprendí”⁶.

Era considerado por ellos como un verdadero hijo, pues habían conectado sus almas entre sí admirablemente. La sintonía de almas entre Rafael y su tía María fue absoluta. De tal manera fue así, que comenzaron los dos a cartearse con regularidad, buscando ayudarse mutuamente a la unión con Dios. Rafael llegó a dejar de llamarla “tía”, para dirigirse a ella como “hermanilla”: era para él una verdadera hermana en el orden del espíritu; un alma gemela. Esto dice muchísimo de la altura espiritual de la tía María. Así, le decía Rafael:

“Al descubrirte mi corazón, te entrego y pongo en tus manos todo el tesoro que tengo, que es ese amor a Dios; esto quizá tú sola lo entiendas, y es a la única persona en el mundo a quien hablo así [...]. Tú también amas a Dios como yo; también tienes esas ansias y esos ardores que no dejan vivir. Nos hemos comprendido muy bien”⁷.

“Cómo se ensancha el alma contemplando la hermosura de las almas hermanas. Qué ansia tan grande de vernos reunidos en el Cielo amando de lleno, inundados de la suavidad del Nazareno que nos dijo: «Amaos los unos a los otros», y que allí lo veremos cumplido eternamente... ¿No te alegra el pensarlo? A mí sí”⁸.

6 Ídem. Carta nº 96, 16 de noviembre de 1935.

7 Ídem. Carta nº 99, 22 de noviembre de 1935.

8 Ídem. Carta nº 182, 8 de mayo de 1937.

Desgraciadamente, no contamos con las cartas que ella dirigía a su sobrino, pues habían hecho el pacto de destruirlas después de contestarlas⁹. Pero, por una admirable providencia de Dios, sí contamos con todas las que le escribió Rafael, ya



que María iba retrasando el momento de romperlas por el gran bien que le hacían, hecho que la llevaba a leerlas en repetidas ocasiones. Al morir Rafael tan joven (con 26 años), ella no había llegado a romper ni una de las cartas, y éstas fueron valiosísimas para el proceso de canonización de su sobrino.

Sin embargo, esta laguna es sólo relativa porque, afortunadamente para nosotros, Rafael ponía el mayor cuidado en tratar, uno por uno, todos los temas que su tía había puesto sobre el tapete¹⁰, con lo que la evolución espiritual de ésta es muy fácil de seguir. Aunque no podemos detenernos en ello tanto como quisiéramos, sí daremos unas pinceladas que nos muestren un alma tan grande como la de la Duquesa de Maqueda, ya antes de entrar en el Carmelo.

Estas almas gemelas se contaban todas sus dificultades, y sabían animarse mutuamente en Dios. Así le respondía Rafael con frecuencia:

“Estoy tan solo, que los ánimos que me das en tus cartas no

9 *“Cuéntame lo que quieras y como quieras, te comprendo y, aunque no merezco lo que esperas de mí, tus cartas serán leídas, contestadas y rotas. Haz tú lo mismo con las mías, pues ¿para qué queremos papeles? En esa confianza te escribo”*. Ídem. Carta nº 94, 8 de noviembre de 1935.

10 *“Yo, después de leer varias veces tus cartas, señalo con lápiz rojo lo que a mí me parece que puedo contestarte”*. Ídem. Carta nº 97, 18 de noviembre de 1935. *“Tu carta la tengo delante llena de anotaciones con lápiz rojo”*. Ídem. Carta nº 109, 10 de diciembre de 1935.

sé cómo pagarlos”¹¹. “Cuánto te agradezco la ayuda y el consuelo que me ofreces... Qué buena eres conmigo, Dios te lo pague... y en ello veo a Dios, que Él me ayuda de una manera extraordinaria... Pero tiene el delicado detalle de ofrecerme un alma como la tuya, que en medio de [mis] sufrimientos me tiende una mano... Pues bien, hermana del alma, la tomo; ya lo creo que me ayudas, mucho más de lo que tú supones”¹².



Rafael junto a su tía Duquesa de Maqueda

“Tu carta ha sido hoy para mí algo que no sabré pagar a Dios, ni pagarte a ti [...]. En tu carta he visto esta mañana una caridad muy dulce y muy de Cristo. Quieres ayudarme, consolarme y cargar un poco con mi cruz; ser mi «cirineo» [...]. Querida herma-

na, eres un ángel que el Señor me envía cuando más falta me hace”¹³.

“¡Si vieras cuántas veces leí tu carta!... Me has dado tantos ánimos para continuar mi camino [...]. Te escribiré más a menudo en estos días; me consuela mucho”¹⁴. “Tú, desde luego, me has ayudado lo que no te figuras... Cuando estemos en el Cielo lo verás”¹⁵.

Por supuesto, hablaban de sus problemas en la vida espiritual, y María sabía darle a su sobrino los consejos que necesitaba:

“Tienes razón en tu carta de lo que me dices del consuelo que

11 Ídem. Carta nº 105, 4 de diciembre de 1935.

12 Ídem. Carta nº 101, 27 de noviembre de 1935.

13 Ídem. Carta nº 100, 26 de noviembre de 1935.

14 Ídem. Carta nº 95, 11 de noviembre de 1935.

15 Ídem. Carta nº 94, 8 de noviembre de 1935.

*tendré en la Trapa, y de lo que me ayudarán mis hermanos...”¹⁶.
“¿Sabes una cosa? Que parece que el Señor te ha escuchado; tu caridad no es en balde... Tengo mucha paz, y mis ímpetus se han serenado un poco; por lo menos los he encauzado”¹⁷.*

“Tienes mucha razón; me dices que dejo el mundo que no da al corazón lo que necesita..., que todo es nada en comparación a lo que el Señor me da; tienes razón, si fuera santo nada me importaría”¹⁸.

Y viceversa, Rafael aconsejaba a su tía cómo superar ese genio y desabrimiento que, a veces, todavía se le escapaba al experimentar el choque entre su vida interior y la exterior que debía llevar:

“Perfecciona tu vida interior, y ya verás cómo la exterior no te quita la paz, sino al contrario. Ya verás cómo entonces, se te quita el geniecillo, y cuando vuelvas recogida de tu comunión, cuando vuelvas a tus quehaceres en casa, después de haber estado aunque sea en contemplación, ¿por qué no?, y el haber hablado con la Señora, [...] ya verás cómo quieres más y mejor a todos [...].

Es muy fácil: le pides a María que te reforme el carácter y ya está. ¿Que alguna vez caes? Pues bueno, ¿quién no cae? Te levantas y en paz... Todo menos desanimarse [...]. Mira, Santa Teresa tenía un arrobamiento por la mañana, y por la tarde trataba con unos y con otros de tantas cosas materiales como traía entre manos.

Crees que para hundirte en Dios tienes que olvidar que estás entre las criaturas, y no es así [...]. Puedes darte de lleno a Dios y estar en el mundo sin que el mundo se entere de nada [...]. Sé santa, pero una santa que esté en todo”¹⁹.

“Que sepas comprender, no juzgues, sé humilde y sencilla, procura endulzar tantas vidas como tienes alrededor”²⁰.

16 Ídem. Carta nº 105, 4 de diciembre de 1935.

17 Ídem. Carta nº 95, 11 de noviembre de 1935.

18 Ídem. Carta nº 115, 26 de diciembre de 1935.

19 Ídem. Carta nº 110, 15 de diciembre de 1935.

20 Ídem. Carta nº 182, 8 de mayo de 1937.

Encontrar estos textos del hermano Rafael tras la muerte de Hermana María Clemencia, supuso un gran impacto en la Comunidad, pues todas las hermanas que convivieron con ella sólo habían visto una carmelita llena de una dulzura encantadora, con un alma de niña a flor de piel... ¡hasta qué punto había llegado a vencerse!

La tía María no tenía reparo alguno en desahogarse con su sobrino también a propósito de los temas materiales que entonces les acuciaban. Y él sabía alentarla en Dios:

“Si vieras, tengo tanto disgusto con lo que os pasa... y no poderlo remediar [...]. Dices que el horizonte se cierra [...]. No te agobien las cosas de la tierra; el horizonte no tiene importancia: salta por encima [...]: verás a María”.

A su vez, ella se interesaba de veras por los sufrimientos que estaría pasando su sobrino después de su tercera salida de la Trapa:

“No te preocupes por mí..., soy absolutamente feliz..., aunque no me he detenido mucho tiempo en averiguarlo, créeme [...]. No sé cómo agradecer a Dios que haya almas como la tuya que quieran, como tú dices, servirme de algo [...]. Que la Santísima Virgen te pague tanta caridad y, créeme, aún la más pequeñita oración que digas por tu hermano no se desperdicia; ya lo verás algún día [...]. Cuánto anima el verse ayudado, comprendido”²¹.

Resulta evidente cómo solo Dios era el centro de la vida de ambos:

“Salto de alegría al ver tu alma que, como la mía, no quiere nada, no ansía nada más que amor de Dios”²². “Quisiera alimentar tu pobre corazón sediento de Dios, con ese Dios que me mueve a mí, que me hace vibrar”²³.

Ante los escrúpulos que debió de manifestarle la tía María a Rafael por hablarle de sí misma, él le contestaba así:

“Es natural que al escribir me hables de ti misma, pues tu vida

21 Ídem.

22 Ídem. Carta nº 96, 16 de noviembre de 1935.

23 Ídem. Carta nº 97, 18 de noviembre de 1935.

es Dios y Dios está en ti, y al hablarme de Él me tienes que decir si le quieres, cómo, cuánto..."²⁴.

En todas estas cartas se ve muy bien la intensa vida de oración que por entonces llevaban ambos:

*"Me alegra saber las horas que tienes de oración"*²⁵.

Ciertamente, también compartían las gracias que experimentaban en la oración y se hacían consultas sobre ellas:

*"Dices que tu oración no es más que un abismamiento en tu humildad, y que humildad le pides, ¿qué más oración quieres?"*²⁶.

*"Me hablas de tu oración, del estar en silencio delante de Dios... Te entiendo [...]. ¡Qué bien se está así!, ¿verdad? Dios inunda el alma con una suavidad [...]. ¡Ah!, hermana, te envidio tu oración de quietud, tu sereno mirar a Dios, tu silencio delante de Él"*²⁷.

*"Me dices que yo no comprendo la alegría que sientes al abismarte en tu pequeñez [...]. Lo que te digo es que no solamente comprendo esa alegría que sientes, sino que no te concibo de otra manera [...]. Tu alegría es la de saberte protegida por un Dios tan bueno... Te produce una tranquilidad enorme el saber que tú no puedes hacer nada, y que Él lo hace todo, ¿no es eso? [...]. Tu nada es tu consuelo, tu pequeñez es tu alegría, pues el sentirte pequeña te hace verte más mimada de Dios [...]. La humildad delante de Dios y de los hombres, la vida oculta y sencilla... y ser la más pequeñita de las almas que aman a Cristo, pero con un amor como ninguna haya tenido, ¿no es eso?"*²⁸.

Y cuando la tía María empezó a experimentar la noche oscura del alma, es conmovedor ver cómo la consolaba Rafael:

"No llores, hermana, no llores, que Dios está contigo. Sufre y ama en silencio a ese Dios que tú no ves, pero que, aunque se

24 Ídem. Carta nº 96, 16 de noviembre de 1935.

25 Ídem. Carta nº 94, 8 de noviembre de 1935.

26 Ídem. Carta nº 97, 18 de noviembre de 1935.

27 Ídem. Carta nº 101, 27 de noviembre de 1935.

28 Ídem. Carta nº 102, 1 de diciembre de 1935.

*oculte, su amor es el mismo*²⁹.

A su vez, Rafael descansaba en ella, necesitaba compartir la intensa vida interior que llevaba en el alma, y sólo se sentía libre para hacerlo así con ella:

*“Después de haber hecho mis rezos, cojo la pluma y me dispongo a que me escuches, y sabiendo, como sé, que mis cartas las recibes con alegría, no te importa que te diga todo lo que se me ocurra [...]. Siento un consuelo muy grande en decírtelo*³⁰.

Por supuesto, esto incluía sus sufrimientos:

*“Me esperan unos días en los que necesito que me ayudes mucho, ¿no me decías que te lo pidiera cuando me hiciera falta? Ya te iré contando los pasos que voy dando hasta verme en mi Monasterio*³¹.

*“Tienes que perdonarme estas cosas que te cuento, pero quisiera que participaras lo mismo de mis alegrías –iba a decir– que de mis penas*³².

*“Cuando me dices en tu carta que con el amor a Dios que tenemos, hemos de ser alegres, no he podido por menos de bendecir al Señor, con esa santa alegría de sabernos suyos, de sabernos casi abrasados por Él... Fuera las tristezas y preocupaciones, Dios y sólo Dios*³³.

Pero, sobre todo, los dos se comunicaban sus ansias de santidad:

*“Ánimo, querida hermana, no quieras aliviar tu sufrimiento; tampoco quieras aumentarlo; no quieras nada [...]. Si queremos ser santos es lo que hay que hacer, y por tus cartas veo que estás decidida a todo*³⁴.

“Toda tu vida interior se reduce a amar a Dios cada vez más

29 Ídem. Carta nº 96, 16 de noviembre de 1935.

30 Ídem. Carta nº 101, 27 de noviembre de 1935.

31 Ídem. Carta nº 99, 22 de noviembre de 1935.

32 Ídem. Carta nº 100, 26 de noviembre de 1935.

33 Ídem.

34 Ídem. Carta nº 97, 18 de noviembre de 1935.

[...]; ¡qué inocente eres, hermanilla, te envidio!”³⁵. “Sí, hermanilla, sí, démonos prisa a ser santos [...]; no nos ocupemos de más”³⁶. “Ámale mucho, mucho, tía María [...], todo lo que a mí me falta”³⁷.

Efectivamente, el amor de Dios iba apoderándose cada vez más del corazón de María; por eso, al morir su marido repentinamente, cuando ambos salían de la Santa Misa en la iglesia de los jesuitas de Areneros, volvió a sentir su llamada, y el Monasterio de La Encarnación apareció de nuevo en el horizonte. Ella solía decir con gracia: “No sé si tengo vocación de carmelita, pero de lo que estoy segura es que la tengo de La Encarnación”.

Al principio, cuando la Duquesa solicitó su ingreso en el Monasterio, la Comunidad le puso algunas dificultades, pues consideraban que era una señora entrada en edad y con una serie de Grandezas de España que le imposibilitarían la adaptación a la vida del Carmelo. Pasado un tiempo, al comprobar que se trataba de una verdadera vocación de Dios, la admitieron.

Ingresó en este Santo Relicario el 27 de abril de 1954, cuando contaba 55 años de edad.

Sólo en el Cielo se sabrá el sacrificio inmenso que fue para su corazón de madre tener que dejar a sus hijos; este sufrimiento la acompañó hasta su muerte, aunque gozando a la vez de la bienaventuranza que el Señor promete a los que por su amor los dejan. Bien se puede comparar a Hermana María Clemencia con Santa Juana Francisca de Chantal, la Baronesa que lo dejó todo por Dios, y que atrajo para sus hijos, de los cuales se desprendió en alas del amor, las bendiciones del Cielo.

A este sufrimiento se añadía el cambio tan radical de vida, y el hecho de no ser una jovencita. Pero por amor a Dios y por ser fiel a su vocación, pudo superar las resistencias de su sensibilidad, y vivir feliz como carmelita hasta el día de su muerte.

Tomó el hábito de la Virgen el 31 de octubre de 1954, solemnidad de Cristo Rey. En este día dichoso en el que, de cara al

35 Ídem. Carta nº 113, 20 de diciembre de 1935.

36 Ídem. Carta nº 105, 4 de diciembre de 1935.

37 Ídem. Carta nº 94, 8 de noviembre de 1935.



mundo, renunciaba a todas sus galas y pompas, su Señor, Rey de reyes, la revestía con un traje de pobreza y humildad, al tiempo que le prometía el ciento por uno y más tarde la vida eterna. El 1 de noviembre de 1955 hizo su Profesión Temporal y a los tres años su Profesión Solemne.

Vivió en el Carmelo 26 años llenos de la mayor sencillez y humildad, sin llamar nunca la atención por nada, sino perdiéndose en el ambiente, practicando a fondo

perdido aquello de: *“al exterior como todas, al interior como ninguna”*. Seguramente resonarían en su interior estas palabras de su santo sobrino:

*“Tienes mucha razón en eso de que el que empieza a dar es el que realmente empieza a amar. Sobre esto yo no te puedo decir nada, no sabría explicarme... Me hablas de un Cielo anticipado, y de querer que el mundo arda. Mira, prefiero no tocar ese punto [...]. Mi alma es un volcán encendido y próximo a estallar”*³⁸. Sí, las almas de los dos eran volcanes encendidos de amor por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Es la paradoja del Evangelio que ella supo vivir de manera sublime: *“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere queda infecundo, pero si muere da mucho fruto”*³⁹.

Hermana María Clemencia desempeñó los oficios de Maestra de novicias, segunda tornera y enfermera. En ellos destacó por su exquisita y delicada caridad. Trataba a las hermanas con gran amor, siendo muy fina en los detalles, demostrando con ellos lo mucho que quería a su Comunidad.

³⁸ Ídem. Carta nº 99, 22 de noviembre de 1935.

³⁹ Jn 12, 24.

Entró en una época en la cual el Monasterio estaba muy necesitado de obras por su estado ruinoso. Su ayuda fue providencial, pues su influencia era muy grande para conseguir los fondos necesarios.

Se ocupaba de contestar las cartas que recibían del extranjero, dejando siempre en sus palabras el perfume carmelitano que todos ansiaban encontrar.

Era muy graciosa y natural. En una ocasión se acercó al torno de la portería un pobre preguntando por la *santa duquesa*. Al referir la tornera el hecho en recreación ella, con gran sencillez, exclamó: *“Nuestra Madre, ésa soy yo”*. Eso sí; no perdió la ocasión para añadir con gracia: *“Tenía fama de santa porque se había corrido la voz de que hacía mi oración de rodillas y ayunaba. Miren: la hacía sobre un reclinatorio... ¡aquí sobre el santo suelo!; se supone que ayunaba porque cenaba muy poco... ¡aquí sí que sé lo que es el ayuno!”*.

Disfrutaba tanto con las fiestas carmelitanas que siempre aseguraba que en su vida, nunca había visto algo mejor... ¡Qué caridad tan fina!

Es digno de notar la labor que hizo en la librería, en la organización de libros, documentos y pergaminos de valor. Este trabajo fue de gran utilidad en la posterior selección de piezas para el museo del Monasterio.

Tenía un corazón grande en el que cabían todas las intenciones y sufrimientos de la humanidad. Todas las personas que se acercaban al Monasterio quedaban impresionadas de que se acordara hasta del más mínimo detalle de sus familias, a las que encomendaba sin cesar. Su ilusión era sembrar alegría y suavizar penas a su alrededor. Cuando ya era anciana, conmovía entrar en su celda y encontrarla rezando con los brazos en cruz. Así era y así vivía, como un baluarte puesto en medio del mundo para su salvación.

Aunque, estando todavía en el mundo, tuvo ciertas dificultades para hacer en su corazón un sitio a la Virgen al lado de Jesús, su sobrino Rafael la ayudó de tal manera en este tema, que llegó a amarla con locura. Así, le escribía él tras una estampa:

“Lo que sí pido a Dios es que no te olvides de la Virgen Nuestra Madre, y que la quieras y la veneres como se merece la que es bendita entre todas las mujeres”⁴⁰.

Y en una carta casi dos años después, Rafael insistía sobre el tema:

“Hay que quererla mucho, mucho... Hay que contárselo todo, confiárselo todo; es una verdadera Madre”⁴¹.

Pasado poco más de un año, ya se va viendo la evolución de la tía María en este tema:

“Cuánto me alegra lo que me dices de la Virgen María; qué duda cabe que Ella te tiene de su mano. Ya verás cómo al cabo de muy poco tiempo la quieres entrañablemente; no puede ser por menos. Empezarás a notar sus efectos... ¡es tan dulce amar a María!”⁴². “No te desconsuele el verte torpe, como dices, en el amor a la Virgen; ya verás cómo la aridez ésa se pasa, y no sabes hacer nada sin la Madre”⁴³.

Por fin, acabaría Rafael diciendo:

“Yo estoy muy contento, porque veo que la quieres [a la Virgen]. ¡Qué buena es nuestra Madre querida! [...] Ánimo, hermanilla, adelante con María; ¡si consiguiera yo que la amaras mucho, con qué consuelo tan grande me iría a la Trapa! Y cuando allí la tuviera tan cerquita le diré:

«Virgen María, Tú lo eres todo para mi vida monacal, te quiero mucho. Yo no soy nada, pero en el mundo dejo un alma, que también está muy cerca de Ti... Mira, Señora, que mi hermanilla también te quiere mucho, [...] y ella sola no puede nada. Todo el amor que te tengo, Virgen María, no me lo traigo a la Trapa, he dejado un poquito en el mundo; lo he dejado en un alma que lo necesitaba [...]. Santísima Virgen María, ampáranos a los

40 Obras Completas Hermano Rafael. Ed. Monte Carmelo, 1988. A su tía María, Duquesa de Maqueda, 16 de diciembre de 1932.

41 Ídem. Carta nº 66, 23 de julio de 1934.

42 Ídem. Carta nº 96, 16 de noviembre de 1935.

43 Ídem. Carta nº 99, 22 de noviembre de 1935.

dos»⁴⁴.

Ya en el Carmelo, el amor de la tía María a nuestra Madre Santísima –a quien veneraba bajo la advocación de la Clemencia–, fue tan grande, que quiso escoger su nombre para sí. Todos los días iba a visitarla en su Coro, para derramar su corazón en el de esta Reina del Cielo. Esta devoción a la Virgen había llegado a ser fundamental en su vida.

También tuvo gran devoción a los Santos Padres Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, a San José y a las almas del purgatorio.

Como, debido a su edad, era muy probable que no llegara a las Bodas de Plata –como así fue en realidad–, el día 23 de junio de 1973 celebró sus Bodas de Cobre, a los quince años de su Profesión Solemne, por lo que la Comunidad le preparó esta fiesta con gran amor, con una Misa muy solemne a la que asistieron sus hijos y nietos.

Al final de su vida, cuando ya por su edad no podía hacer otras labores, se ocupaba de pelar las patatas, trabajo que la llenaba de felicidad. Se instalaba en un rincón de la cocina radiante de alegría, y allí se pasaba toda la mañana, tratando amores con el Rey del Cielo.

A medida que los años avanzaban iban creciendo los achaques propios de la edad. A pesar de ellos vivió la vida de observancia hasta el límite de sus fuerzas, encarnando en su persona aquellos versos de San Juan de la Cruz: *“Ya sólo en amar es mi ejercicio”*⁴⁵. En una ocasión en que estuvo al borde de la muerte



44 Ídem. Carta nº 101, 27 de noviembre de 1935.

45 San Juan de la Cruz, Poesía, Cántico Espiritual B, 28.



exclamó con gran alegría: *“Es encantador esto de morirse”*... Era tal su amor a Dios y la pureza de su corazón que para ella la muerte no era más que caer en los brazos de Dios.

A partir del día 15 de octubre de 1978 su estado físico se agravó. Ya se podían percibir las palabras: *“Que llega el Esposo, salid a recibirlo”*⁴⁶. La Comunidad reunida en su celda la acompañó en este momento supremo. *“Está aquí el Hermano Rafael con nuestra Madre Santísima, y vamos a pedirle que la cure”*, le decía la Madre Priora; a lo que ella con un gesto gracioso contestó que no, que se quería ir con él al Cielo.

A las 4 de la tarde del día 20 de octubre su alma volaba por fin a los brazos de Dios, resonando como un eco aquellas palabras de Santa Teresa: *“No será ir a tierra extraña sino propia, pues es a la de Quien tanto amamos y nos ama”*⁴⁷. Tenía 81 años de edad y 26 de vida religiosa.

Al día siguiente celebró una Misa por su eterno descanso el R. P. Teófilo Sandoval, O.C.S.O., en representación de la Trapa de Venta de Baños, donde había vivido su sobrino. Era inevitable recordar junto a sus restos mortales las palabras que un día le escribiera el Hermano Rafael:

*“¡Qué será el Cielo, Dios mío! Ya queda poco, ¿verdad? No te apures, todo pasa. Ya verás allí, cuando estemos de veras con nuestro Jesús... A veces tengo una impaciencia... no lo puedo remediar. Somos extranjeros sobre la tierra, ¡y cuánto tarda el Amado en llegar...! [...] Señor, no me tengáis así, tomadme de una vez y para siempre”*⁴⁸.

46 Cf. Mt 25, 6.

47 Santa Teresa, C 40, 8.

48 Obras Completas Hermano Rafael. Ed. Monte Carmelo, 1988. Carta nº 101, a su tía María, Duquesa de Maqueda, 27 de noviembre de 1935.

Lectura del Hermano Rafael desde el silencio y la soledad de un yermo camaldulense

*Javier Onrubia Rebuelta, Madrid
(javieronrubiarebuelta@gmail.com)*

Estas páginas son fruto de mis numerosas estancias en una celda de la hospedería del yermo camaldulense de Nuestra Señora de Herrera (Miranda de Ebro, Burgos), en las que siempre he procurado que entre mis lecturas no faltasen los escritos del Hermano Rafael. También estos escritos –especialmente los de la antología “Saber esperar”– me han acompañado en las noches en vela junto a mi padre, Juan, fallecido el 22 de mayo de 2019 a los noventa y dos años de edad.

Mi primer encuentro con el Hermano Rafael

Durante los años 1976-77, yo asistía a misa en el monasterio de la Encarnación, fundado por la reina Margarita de Austria en el siglo XVII en pleno centro de Madrid, perteneciente a las monjas agustinas recoletas. A diario coincidía allí con un señor de unos cincuenta años, de aspecto bondadoso, alto, con una pronunciada calvicie y del que no recuerdo su nombre. Un día, con tono entre apenado y nostálgico, me contó que había intentado ser trapense en San Isidro de Dueñas, pero su estómago no soportaba las comidas que allí se servían y tuvo que abandonar el monasterio. Posteriormente me habló por primera vez de Rafael, me regaló unas cassettes con sus textos y me recomendó que leyera alguno de los libros editados sobre su vida y su obra. A los pocos días le hice caso y me acerqué a la editorial “Perpetuo Socorro”, donde compré lo que había publicado sobre este trapense. Desde ese momento, Rafael ha estado siempre a mi lado de una u otra forma. Su ejemplo de fidelidad a la llamada de Dios, la perseverancia en su vocación monástica, su manera de afrontar la enfermedad, en definitiva, su magisterio espiritual, son alimentos habituales para mi fe.

En febrero de 1978, tras varias conversaciones con el P. Gerardo Escudero, director del instituto “CLAUNE” –fundado para dar a conocer y promover la vida monástica y/o contemplativa– decidí organizar las “Juventudes de CLAUNE”, para difundir en ambientes juveniles esta forma de vida. Aunque nunca superamos la media docena de miembros, nuestro entusiasmo nos llevó a visitar multitud de monasterios y conventos y editar el boletín “Claustro”, nuestro portavoz. Lo primero que hice fue nombrar a Rafael como “guía” de las Juventudes y publicar una hoja especial dedicada a él, que incluía una pequeña biografía, una selección mínima de sus textos y algunos de sus dibujos. Tuvo un éxito grande y muchas personas descubrieron a Rafael por primera vez. A lo largo de los 16 números que aparecieron de “Claustro”, se incluían habitualmente menciones a Rafael, a sus textos y dibujos, especialmente en los números 2 y 3, de marzo y abril de 1978.

El 21 de mayo de 1993, junto con mi mujer Carmen, pude visitar por primera vez el sepulcro de Rafael. No pude ver al P. Teófilo Sandoval, con quien me escribía desde hacía tiempo, y al que tanto debemos los devotos de Rafael, por su trabajo generoso y entrega a la causa de dar a conocer a nuestro joven trapense.

En mi colaboración en el programa quincenal de “Radio María”, “Monasterios y conventos”, habitualmente procuro citarle con frecuencia y recomendar la lectura de sus obras.

Unos ermitaños en las montañas de Burgos

Debido a mi tarea como editor de “Claustro” contacté con numerosos monasterios y en alguno me hablaron de que en Burgos había una comunidad de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona, que vivían como los antiguos padres del desierto, en pequeñas casitas que sólo abandonaban para acudir a la iglesia y en un silencio y soledad muy rigurosos. Debido a diversas circunstancias personales, familiares, laborales y lo especial de la vocación de estos monjes, no pude visitarles hasta el año 2007. Gracias a la acogida que me dispensaron y las facilidades que me dieron para consultar su archivo, descubrí la vinculación del Yermo (así es como llaman los camaldulenses a sus monasterios) de Nuestra Señora de Herrera con la Orden del Císter.

En 1169 un grupo de monjes se estableció en Sajazarra, en la Rioja Alta, donde el rey Alfonso VIII les había donado unos terrenos. Incorporados

a la Orden del Císter en 1171 el monasterio se puso bajo la jurisdicción del monasterio aragonés de Veruela, pero la escasez de leña y agua, empujó a los monjes a instalarse en un lugar más apropiado: Herrera, entre Haro y Miranda de Ebro. El traslado definitivo se realizó en 1181.

En 1510 se unió a la Observancia de Castilla y en 1835 se abandonó por culpa de la nefasta desamortización de Mendizábal. Su último abad fue Fray Vicente Ortega. Herrera pasó en 1885 a ser propiedad de los carmelitas descalzos,



quienes en 1905 lo vendieron por 50.500 pesetas a las monjas trapenses del monasterio de Notre Dame des Anges d'Espira de L'Agly, expulsadas de Francia. Ellas prosiguieron las obras de restauración, iniciadas por los carmelitas descalzos, con la ayuda de los trapenses de San Isidro de Dueñas. En 1921, debido a la dureza del clima, a la pobreza material, a la poca higiene del lugar, a las continuas mortificaciones y a disensiones en la comunidad, regresaron a Francia¹. En los dieciséis años que permanecieron en Herrera, murieron cuarenta y una monjas, cuyos restos descansan en un osario común en el cementerio del actual yermo. Todavía hoy se conserva el horno que utilizaban para hacer el pan para la comunidad, que llegó a estar formada por sesenta religiosas.

Existe en estos momentos el proyecto de restaurar y conservar los restos cistercienses del yermo, nacido bajo la iniciativa del arquitecto madrileño José Mata Wagner.

En 1923, el viejo y ruinoso edificio fue adquirido por la Congregación de Eremitas Camaldulenses de Montecorona. Su fundador fue Don Beda de Premiá, religioso español que había ingresado en el Yermo italiano de Frascati. José Bruguera Manet —este era su nombre antes de

¹ Es la actual comunidad de monjas cistercienses de Notre Dame de Bonne-Espérance, en Échourgnac, Francia.

hacerse camaldulense— fue primeramente monje trapense de la “Comunidad errante” establecida en Val San José, (Getafe). Desde el primer momento hubo en el yermo de Herrera eremitas que habían sido antes monjes trapenses. En la actualidad hay dos y otros más en los yermos de Italia, Polonia, Colombia, Venezuela y Estados Unidos.

¿Tendría conocimiento Rafael de la existencia de estos ermitaños en su Burgos natal?

Yermo: oración, trabajo, silencio y soledad

A lo largo de la treintena de visitas que he realizado al yermo de Nuestra Señora de Herrera, con estancias que van de unas pocas horas a una semana, Rafael me ha acompañado siempre. En la biblioteca del yermo hay una sección dedicada al “Cister”, y dentro de la misma, un lugar destacado lo ocupan las obras de Rafael o a él dedicadas. Se ve a primera vista que estos libros son leídos habitualmente por la comunidad, pues se observan muy usados, con notas de lectura y algún subrayado.



Quando estoy en el yermo procuro adaptarme a la vida comunitaria y por las mañana suelo trabajar en la cocina. Allí pelando o lavando legumbres, verduras y hortalizas y fregando platos y vasos, me viene al instante a la mente

el texto de Rafael dedicado a los nabos, tan aparentemente sencillo, pero para mí de un contenido muy denso y profundo:

“Las tres de la tarde de un día lluvioso del mes de diciembre. Es la hora del trabajo, y como es sábado y hace mucho frío, no se sale al campo.

¡¡Que haya yo dejado mi casa para venir aquí con este frío a mon-

dar estos bichos tan feos!! Verdaderamente es algo ridículo esto de pelar nabos, con esa seriedad de magistrado de luto.

Un demonio pequeñito y muy sutil se me escurre muy adentro y de suaves maneras me recuerda mi casa, mis padres y hermanos, mi libertad, que he dejado para encerrarme aquí entre lentejas, patatas, berzas y nabos”.

El mal tiempo, el silencio, el trabajo pesado y monótono, hacen que aparezcan algunos diablillos que le recuerdan a Rafael todo lo que ha dejado al irse a la Trapa. Pero con la ayuda de Dios, hace frente a la tentación, se enfrenta con los diablillos y nos da la solución para cuando nosotros nos encontremos en esta misma situación, que se presenta con bastante frecuencia:

“Aprovechemos esas cosas pequeñas de la vida diaria, de la vida vulgar... No hace falta para ser grandes santos, grandes cosas, basta hacer grandes las cosas pequeñas.

Cuando terminé el trabajo, y en la oración me puse al pie de Jesús muerto... allí a sus plantas deposité un cesto de nabos peladitos y limpios... No tenía otra cosa que ofrecerle, pero a Dios le basta cualquier cosa ofrecida con el corazón entero, sean nabos, sean imperios...” (O.C. 785-790).

Suele ser muy habitual escuchar aquello de que los días en un monasterio son siempre iguales, sin alicientes y que transcurren sometidos a un horario implacable.

Rafael escribe al respecto:

“...Para mí esta vida que parece monótona tiene tantos atractivos, que no me cansa ni un momento; cada hora es diferente, pues aunque exteriormente sean iguales, interiormente no lo son, como no son iguales todas las misas, y cada vez que vas al coro, el oficio te parece diferente, por lo menos a mí me pasa” (O.C. 133).

Rafael nos enseña a ir más allá, a lo esencial, a lo que no se ve a simple vista. Bajo lo que parece una repetición diaria mecánica, aburrida, se esconden intenciones que sólo Dios conoce, siempre nuevas, iluminadas por la fe que, a veces está oculta entre la niebla.

El silencio, tan ausente en nuestras grandes ciudades, en nuestro

entorno más familiar, suele ser una carga insoportable para quienes no han descubierto las riquezas que encierra. En un entorno monástico el silencio es esencial, imprescindible. En el yermo, en invierno, a las seis de la tarde es ya de noche, y solo se oye el canto de algún pájaro. Cuesta mucho esa ausencia de ruidos habituales, cotidianos. Pero el silencio no sólo es esa ausencia de ruidos, es sobre todo estar predispuesto a la escucha del Padre, a su voz que nos habla en nuestro interior.

Escribe Rafael:

“...El silencio en la Trapa no es silencio..., es un concierto sublime que el mundo no comprende. Es ese silencio que dice: No metas ruido, hermano, que estoy hablando con Dios...”

Es el silencio del cuerpo para dejarle al alma gozar en la contemplación de Dios” (O.C. 270).

El silencio, sin llenarnos de Dios, es un mero ejercicio de autocontrol, nada más, e incluso puede llegar a ser un síntoma de egoísmo e insolidaridad.



La soledad, también tan esencial e imprescindible en un monasterio, es una pesada cruz para muchos, que puede conducir a situaciones de inestabilidad emocional. Quien trata de huir de cualquier contacto humano o tiene miedo

a enfrentarse con situaciones inesperadas, no está preparado para la soledad. Las horas en la soledad de la celda o trabajando sin la compañía de otros hermanos, puede llegar a ser insoportable si no se hace por amor a Dios.

Rafael escribe:

“No es la soledad del cuerpo lo que a Dios agrada... Esto agrada-

da a nuestro cuerpo... Lo que a Jesús nos acerca es la soledad del corazón desprendido del mundo, de sus criaturas y de la propia voluntad... Ese es el “negarse”... ése es el “morir”, ésa es la “cruz”. Pero bendita cruz cuyo sufrimiento es fuente de vida eterna... Corazón desprendido del mundo y sólo una voluntad: la de Cristo” (O.C. 1220).

De nuevo Rafael se manifiesta como un consumado maestro espiritual y, acertadamente, define los beneficios de la soledad, pero también sus peligros si se entiende de manera egoísta.

La soledad, para ser fecunda, conlleva siempre la separación del mundo, pero sin caer en el egoísmo, encerrarse en una torre de marfil y ser ajeno a las preocupaciones del prójimo.

El monje no huye de nada ni de nadie, sólo busca el rostro de Dios, habitar en su presencia luminosa. Esta búsqueda cuesta trabajos, lágrimas, hambre, sed, sueño, silencio, soledad, abandono, desgarrones internos y externos.

Así lo ve Rafael:

“Si el monje se retira al claustro, es para alabar a Dios con más facilidad y sin distracciones... La salmodia, el silencio, le ayudan a ello; piensa en los pecados de los otros hombres para pedir por ellos y desagraviar al Señor; piensa en los que son desgraciados en la tierra, y en los que son felices, pidiendo para todos misericordia.

Cuando yo me decidí a irme a la Trapa, no me fui por temor al mundo, ni entristecido al ver que todo lo que él me daba era mentira y engaño... Esa es toda la razón, clara y sencilla, de por qué me fui a la Trapa, el amor a Dios y no el temor...” (O.C. 264)

Quien lea con atención el escrito de Rafael titulado “Apología del trapense”, especialmente los nn. 267-268, se dará cuenta que esta separación del mundo voluntaria, si quiere ser genuinamente evangélica, tiene que estar siempre acompañada de la caridad. Este texto lo redactó Rafael en Oviedo, en septiembre de 1934, en una de sus salidas de la Trapa. Estos apartados que cito son unos alegatos muy duros contra la insensibilidad social, el individualismo y la sola búsqueda del bienestar

personal. Rafael enfrenta la realidad que él vive en la Trapa y la que vive ahora en las calles ovetenses. Palabras duras, sí, pero evangelio puro.

He podido comprobar, evidentemente de manera temporal, que otra de las cruces que también cuesta mucho llevar en la vida monástica es el madrugar todos los días. Actualmente en los yermos camaldulenses y en los monasterios trapenses se mantiene la hora de “maitines” (en la Trapa llamada “vigilias”), que se celebra a las cuatro y a las cuatro y cuarto de la madrugada respectivamente. Se puede imaginar uno lo que estos madrugones suponen en pleno invierno. Cuando en el yermo de Herrera, en verano, se acuesta la comunidad, es todavía de día y luce el sol. Pero es una experiencia única el acudir al coro a esas horas, la oración me parece a mí mucho más intensa, sentida y profunda, en la penumbra de la iglesia y el silencio más absoluto.

Sobre el madrugar para levantarse a maitines, escribe Rafael:

“...La campana que me dice que son las dos y que tengo que bajar a maitines... No lo dudo ni un minuto, ni un segundo; me pongo las zapatillas y el abrigo, pues duermo vestido, me lavo un poco la cara, y con el pensamiento puesto en Dios y el corazón alegre, bajo las escaleras del noviciado a toda velocidad y entro en la iglesia donde mi Dios está en el Tabernáculo, esperando a sus monjes para que empiecen a cantar sus alabanzas... Bien vale, pues, la pena de levantarse a las dos y pasar un poco de sueño” (O.C. 121).

Estas cruces –trabajo, horario, silencio, soledad, frío o calor, separación del mundo, sueño...– es el precio que hay que pagar para dedicarse a lo que Rafael considera lo único importante:

“Alaba a Dios, abuelita, alábale en todo momento aun cuando el dolor nos aprisione, el corazón se nos desgarre e incluso la desolación se apodere de nosotros. Alaba a Dios en todo momento, no hay oración que Dios agradezca más, ni tampoco hay oración que más nos acerque a Él (O.C. 98).

Pues el trapense conoce muy bien lo que le alienta y sostiene todos los días:

“Vive en Dios y para Dios. Él es la única razón de existir en el mundo” (O.C. 44).

Sabe que este es su lugar en el mundo, donde Dios lo ha llamado:

“Cada vez me convenzo más de que la Trapa la ha hecho Dios para mí y a mí para la Trapa. Está visto que la única ciencia posible en el mundo es colocarnos donde Dios nos tenía destinados..., y una vez que hemos acertado saber su voluntad, entregarnos a Él con todo el corazón” (O.C. 136).

Durante mis estancias en el yermo de Nuestra Señora de Herrera siento muy cercano a Rafael. En la lectura y meditación de sus textos suelo encontrar respuestas a mis muchas dudas y preguntas. Me acompaña silencioso las siete veces que acudo al coro. Pasea a mi lado cuando atardece y se levanta un viento suave alrededor de la hospedería. Le noto en la pobreza y el desprendimiento de esas cosas que fuera de un monasterio nos parecen imprescindibles. Le veo pasar, silencioso, con la capucha de su hábito blanco de novicio trapense puesta, cuando entro en la iglesia y en la puerta veo una gran imagen de san Bernardo. Está a mi lado los primeros viernes de mes, durante la adoración del Santísimo tras el rezo de vísperas.

Todas estas presencias de Rafael, ejemplo a imitar de joven comprometido, me sirven para empezar a entender aquella expresión que a él tanto le gustaba repetir: “Solo Dios” (O.C. 944).



Letanías de San Rafael Arnaiz (1)

P. Victorino Blanco, ocs

A partir de este número del *Boletín de San Rafael Arnaiz*, queremos proponer a nuestros lectores las “Letanías” que, un anciano monje de San Isidro de Dueñas, publicó no hace mucho, en un libro titulado “Rafael Arnaiz, modelo de entrega total (Descubriendo al Rafael profundo)”, *Ed. Monte Casino, Zamora, 2018*. A partir de cada invocación litánica, el P. Victorino Blanco, quiso reflejar la espiritualidad de san Rafael, indicando que cada una de las 30 invocaciones “son un intento por descubrir al Rafael profundo, un reflejo de sus vivencias espirituales, siguiendo sus notas íntimas y sus soliloquios con Dios. Las reflexiones son con palabras del mismo Santo, que vienen a confirmar la verdad de cada una de las invocaciones”. que iremos insertando en el *Boletín*.

Señor, ten piedad	
Cristo, ten piedad	
Señor, ten piedad	
Cristo, óyenos	
Cristo, escúchanos	
Dios Padre celestial,	ten piedad de nosotros
Dios Hijo Redentor del mundo,	ten piedad de nosotros
Dios Espíritu Santo,	ten piedad de nosotros
Trinidad santa un solo Dios,	ten piedad de nosotros
San Rafael,	ruega por nosotros
Fiel seguidor de Jesús,	por nosotros
Rendido adorador de Jesús sacramentado,	ruega por nosotros
Amante enamorado de la Virgen María,	ruega por nosotros
Fascinado por el Absoluto,	ruega pro nosotros
Loco por Cristo,	ruega por nosotros

Maestro en la escuela de la Cruz,	ruega por nosotros
Experto en la ciencia y sabiduría de la Cruz,	ruega por nosotros
Para quien la Cruz era su tesoro,	ruega por nosotros
Herido por el Amor,	ruega por nosotros
Traspasado por la grandeza de Dios,	ruega por nosotros
Inmerso en la Presencia divina,	ruega por nosotros
Ensimismado en la oración,	ruega por nosotros
Maestro en la lucha ascética,	ruega por nosotros
Heroico en su vocación cisterciense,	ruega por nosotros
Profundamente humilde,	ruega por nosotros
Rebosante de amor y caridad,	ruega por nosotros
Feliz en la enfermedad y el dolor,	ruega por nosotros
Corazón alegre y con mucho amor a Dios,	ruega por nosotros
Libre de toda criatura,	ruega por nosotros
Centrado en sólo Dios,	ruega por nosotros
Firme en la fe,	ruega por nosotros
Seguro en la esperanza,	ruega por nosotros
Ardiente en el amor,	ruega por nosotros
Atado a la voluntad de Dios,	ruega por nosotros
Atento y siempre dócil a la voz del Espíritu,	ruega por nosotros
Modelo de sencillez en el camino hacia Dios,	ruega por nosotros
Maestro en la vida de soledad y silencio,	ruega por nosotros
Feliz en la alabanza divina,	ruega por nosotros
Firme y alegre en el “saber esperar”,	ruega por nosotros
Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo:	perdónanos Señor
Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo:	escúchanos Señor
Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo:	ten piedad de nosotros
V/ Plantado en la casa del Señor	
R/ Crecerá como árbol frondoso en los atrios de nuestro Dios	

Oración

Oh Dios, escucha nuestra plegaría, y por la intercesión de tu siervo San Rafael, concédenos la gracia y la fuerza para seguir sin desfallecer a tu Hijo por el camino de la Cruz, y crecer más y más en la ciencia del amor.

Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor, Amén.

1. SAN RAFAEL

La santidad en el Hermano Rafael constituye el objetivo y deseo de toda su vida, ya desde el principio. Es algo sembrado en su alma, dentro de su ambiente de familia. La siembra caía en terreno fácil. Según el testimonio de su madre, fue desde los comienzos de su vida una criatura comprensiva, inteligente, fácil de educar. “No tuvieron sus padres trabajo alguno en formar aquella alma dócil, Instintivamente se inclinaba al bien, y en medio de sus juegos infantiles, alegres y traviosos, bastaba una palabra de su madre o de su institutriz para traerle inmediatamente al orden”, comenta su misma madre.

Rafael siempre buscó la santidad, aunque en su vida se da una evolución en la forma de enfocarla, según la edad, las luces del Espíritu y el desarrollo de su vocación. Quiere ser santo, pero a sí mismo nunca se ve tal. Al principio tiene un concepto de santidad muy idealizado. Ya en el convento los primeros cuatro meses fueron los más felices de su vida. “Dios -dijo- ha hecho la Trapa para mí y a mí para la Trapa”. Para él los monjes eran poco menos que ángeles, lo cual le hará sufrir, hasta ir comprobando la realidad humana. En su madurez él mismo se consideraba el mayor pecador. Casi al final de su vida escribe:

“Jesús mío, perdóname. Debía ser santo y no lo soy. ¡Y era yo el que antes se escandalizaba de algunas miserias de los hombres! ¿Yo? ¡Qué absurdo! Ya que me has dado luz para ver y comprender, dame, Señor, un corazón muy grande para amar a esos hombres que son hijos tuyos, hermanos míos, en los cuales mi enorme soberbia veía faltas, en cambio no me veía a mí mismo”.

Ahora en el amor a Dios y a todos, y en la humildad encuentra la clave de la santidad. Rafael ya no busca la perfección en el hombre, en el amor lo encuentra todo.

Rafael ha descubierto su “tesoro”: Es el misterio del amor. El amor que es Dios. Y ese Dios le ama a él, a pesar de ser lo que es. Aquí aparece la humildad de Rafael y dice:

“¿Por qué no gritar a las gentes y a todo el que quiera oírlo: ¿Veis lo que soy? ¿Veis lo que fui? ¿Veis mi miseria arrastrada por el fan-

go? Pues no importa, maravillaos, a pesar de todo yo tengo a Dios. Dios es mi amigo. Que se hunda el sol y se seque el mar de asombro. Dios a mí me quiere tan entrañablemente, que si el mundo entero lo comprendiera, se volverían locas todas las criaturas, y rugirían de estupor. Más aún, todo eso es poco. Dios me quiere tanto que los mismos ángeles no lo comprenden, ¡Qué grande es la misericordia de Dios! Querermé, ser mi amigo, mi hermano, mi Padre, mi Maestro, ser Dios y ser yo lo que soy. ¡Ah!, Jesús mío, no tengo papel ni pluma. ¡Qué diré! Cómo no enloquecer... ¿Cómo es posible vivir, comer, dormir, hablar y tratar con todos? ¿Cómo es posible que aún tenga serenidad para pensar en algo que el mundo llama razonable, yo que pierdo la razón pensando en Ti? ¡Cómo es posible, Señor!... Ya lo sé. Tú me lo has explicado... es por el milagro de la gracia”.



El texto siguiente es uno de los más claros de Rafael. Nos dice cómo ve él la santidad. En él se aprecian los grandes descubrimientos que ha hecho en el proceso de su vida espiritual. A golpe de sufrimientos se ha ido despojando de todo. Sigue ilusionado con la santidad, porque cada vez más Jesús es el centro de su vida, pero vive la santidad de otra manera. Todo es más sencillo. Se trata de ir quitando más que poniendo cosas, ir desprendiéndose de tanto amor desordenado a las criaturas y a nosotros mismos, hasta quedar, como único deseo, Dios: la santidad de Dios.

“Si alguien me dijera al detalle lo que debo hacer para ser santo y agradar a Dios, yo creo que con la ayuda de Dios y de María lo haría

todo. Con Jesús a mi lado, nada me parece difícil, y el camino de la santidad cada vez lo veo más sencillo, Más bien me parece que consiste en ir quitando cosas, que en ponerlas. Más bien se va reduciendo a sencillez que complicando con cosas nuevas. Y a medida que nos vamos desprendiendo de tanto amor desordenado a las criaturas y a nosotros mismos, me parece a mí que nos vamos acercando más y más al único amor, al único deseo, al único anhelo de esta vida... a la verdadera santidad que es Dios”.

Rafael vive la santidad, una santidad menos vistosa, una santidad sencilla, más interiorizada, que pone su fuerza en el amor. No se ve, pero es más real y verdadera. Podíamos resumir la santidad de Rafael en vivirlo todo desde el Corazón de Cristo, y éste crucificado.

Su último Jueves Santo Rafael escribe:

“Le pedí a Jesús me permitiera reclinar mi cabeza sobre su pecho con San Juan. Le pedí que de mí no se apartara, aunque me viera débil y miserable”.

Así, recostado sobre el Corazón divino, bebiendo del que es la fuente de vida y santidad, a los doce días voló al cielo San Rafael Arnaiz.



ORACIÓN A SAN RAFAEL ARNAIZ

Grande y pequeño a la vez
el Hermano Rafael.
Enamorado de Dios y de María,
supo vivir el sufrimiento
como una llamada que Dios
le hacía ser santo

Y el Señor le concedió
esa gracia extraordinaria
para seguirle cargando
con su propia cruz.
San Rafael, ruega por nosotros
y míranos desde el cielo.

Pide a Jesús y a María
que no dejen de bendecirnos
para que todos lo suframos
en la tierra por amor a Dios.
Y cuando termine nuestro
peregrinar por este mundo
haz que nos encontremos
todos juntos
en la gloria del cielo,

Amén.

J.V.M.C.



Así vivió Rafael en la Trapa

(continuación)

VII

P. Alberico Feliz

Preparando su segunda entrada

En 1934, en el monasterio hay cambios importantes, que tendrán fuerte repercusión en la vida de Rafael. El 7 de julio de 1934, encontrándose gravemente enfermo el padre Marcelo León, Dom Félix, el abad, nombró maestro de novicios al padre José Olmedo Arrieta, que no llegó a comprender al Hermano Rafael tan perfectamente como su antecesor.

Desconociendo la gravedad del padre Marcelo, el 22 de julio Rafael le escribe una carta disculpándose por su tardanza en responderle en espera de los resultados del médico para poder explicarle cómo se desarrollaba su diabetes. Las noticias eran muy buenas:

“...No tengo apenas azúcar, pero sigo el tratamiento de la insulina y el régimen... El médico me ha dicho que puedo perfectamente ir a pasar a mi monasterio tres días, de manera que yo saldré de aquí el día 31 en el rápido, y estaré en la Trapa los días 1, 2 y 3. El me dará una nota de lo que puedo comer, que es casi de todo, y me llevaré la inyección para que me la ponga el padre Vicente. Des-

pués será cuestión de dos o tres meses más, que a mí se me hacen siglos, en los cuales estaré a prueba del régimen que tomo en el monasterio, para poder seguir luego la vida interrumpida al lado del Sagrario de la Trapa y de mis buenos hermanos. Según el médico, aún tendré que estar una temporada en observación, pero eso creo que la caridad de ustedes para conmigo, podrá arreglarlo”.

Y a continuación, manifiesta sus ansias de volver a ingresar en el monasterio: “¡Si viera, padre, qué descentrado estoy en el mundo! Que aunque estuviera de jardinero y comiendo las sobras que dan a los pobres, yo me volvería a la Trapa... Pero no me hacen falta esos extremos”.

Al final de esta carta le hace un ruego: “Sigán pidiendo por mí a la Santísima Virgen nuestra Señora, que yo así lo hago, para que podamos reanudar mi noviciado, y que en lugar de pasearme en coche y darme buena vida, siga tratando de encender y apagar las velas sin equivocarme y dándole al fuelle del órgano cuando no funcione la corriente..., al fin y al cabo ése es mi sitio”.

El 23 de julio de 1934 escribe una larguísima carta a su tía desde Oviedo, y le comenta su próxima visita al monasterio.

Por fin, el 30 de septiembre, el padre Marcelo, que había sido su maestro en el noviciado, recibe la Unción de los enfermos y el 1 de octubre, fallece a las seis de la mañana.

Siguiendo en su santo empeño de volver a la Trapa, el 9 de octubre de 1935 Rafael pide su ingreso en el monasterio, en una carta que escribe al padre abad desde Ávila:

“Reverendo y querido padre Abad: Muchas oraciones he dirigido a la Santísima Virgen antes de comenzar esta carta, y muchos ratos junto al Sagrario consultando a Jesús... Hora es ya, pues, de que me decida de una vez, a abrir mi corazón a mis superiores para expresarles mi decisión, y la marcha de mi alma.

(...) Llevo casi año y medio fuera de mi querida Trapa, y si viera, reverendo padre ¡qué grande es la obra de Dios en mí!..., y cuánto le agradezco al Señor la prueba por la que me está haciendo pasar...

(...) Cuando hace dos años, desde este mismo Ávila, solicité de su caridad que me admitieran en la comunidad, mi deseo era santo y bueno; yo buscaba a Dios y Dios se me daba de una manera fácil... Sufrí, pero por Él, eso no es sufrir..., tenía ilusiones, deseos, quería ser santo, pensaba con delicia en el coro, en ser algún día un verdadero monje. (...) Yo buscaba a Dios, pero también buscaba a las criaturas y me buscaba a mí mismo, y Dios me quiere para Él solo... Mi vocación era de Dios, y es de Dios, pero había que purificarla, había que limar asperezas. Me di al Señor, con generosidad, pero todavía, no se lo daba **todo**; le di mi persona, mi alma, mi carrera, mi familia..., pero aún me quedaba una cosa, que eran las ilusiones y los deseos, las esperanzas de ser trapense, hacer mis votos y cantar Misa. Eso me sostenía en la Trapa, pero Dios quiere más, quiere siempre más, tenía que ‘transformarme’, quería que solamente su amor me bastara”.

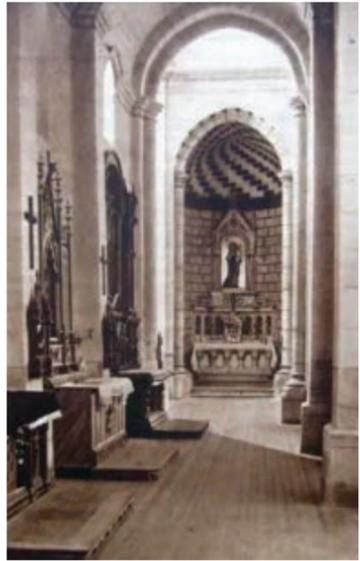
Rafael crece aquí en profundidad, pero continúa leyendo en clave de perfección espiritual. Piensa que Dios le sigue purificando. Aún no estaba suficientemente desprendido. Se trata ahora de las renunciaciones a los mismos ideales y proyectos religiosos que se había formado: ideales que no eran Dios, y entre los cuales el menor no era el del sacerdocio –“Yo buscaba a Dios, pero también a las criaturas” –. Con todo, vemos claramente cómo el hermano va aprendiendo de la experiencia.

Y continúa la carta: “Perdóneme, reverendo padre, me salgo de sitio; vuelvo al motivo de mi carta. Hace aproximadamente un año estuve en el monasterio, y al P. Marcelo y a vuestra reverencia le expuse mi estado de ánimo entonces, y al Padre Marcelo le pregunté si sería posible algún día que yo, debido al régimen que tengo que seguir, pudiera ingresar de oblato; me dijo que sí y vuestra reverencia me dijo que esperara”...

Según los Usos de aquel tiempo, que también rigen ahora, “los oblatos, por no emitir

votos, no son, canónicamente hablando, miembros de la Orden, sino simples agregados, y siguen en todo o en parte, a juicio del Abad, los ejercicios regulares.. El Abad, ayudado por el padre maestro les viste el hábito en su gabinete particular, pero sin ceremonia alguna. Practican en el noviciado los mismos ejercicios que los novicios, por tiempo de dos años, después de los cuales están con los profesos si le pareciere bien al Abad y desempeñan los cargos que se les confían. En todos los lugares se colocan después de los novicios. Se pueden admitir a los oblatos a la profesión 'in artículo mortis', cualquiera que sea su condición, si el superior lo juzgare conveniente.

“No merezco ser monje”, dice Rafael. “¿El cantar la Misa?... Señor, si te he de ver muy pronto, ¿qué más da?... Los votos... ¿No amo a Dios con todas mis fuerzas? Pues ¿qué más votos? Nada de eso me impide el estar a su lado, el consagrarle mi silencio con los hombres y el amarle calladamente, humildemente, en la sencillez del oblatado. San Benito los admitió, y entre ellos hubo santos, ¿por qué no he de ser yo uno de ellos?... Con mis fuerzas no podré, pero con Jesús y María, a mi lado, lo puedo todo. Cuando



flaquee, ellos me ayudarán. (...) Tengo a Dios y Dios me tiene muy cogido, ¡qué más puedo desear? Tengo al Señor, déjeme vivir junto al Sagrario, recogiendo las migajas del convento, y soy feliz..., feliz en mi nada, y dichoso en mi todo que es Jesús”.

(...) Dígame, reverendo padre, si mi vocación no es de Dios. Desengáñeme si estoy engañado, no tenga piedad. Jesús se valió de un rudo golpe para hacerme ver claro; pero si delante de Dios, su reverencia considera mi situación, verá a un hombre que, a pesar de todo, sigue pensando en su Trapa.

(...) Contésteme, reverendo padre, le suplico por caridad, con ello proporcionará un consuelo a mi alma, al saber que aún puedo, aunque indignamente, poner delante de mi nombre el Fray María cisterciense. (...) Procuraré ser un oblato santo, con la ayuda del cielo y el consejo de mis buenos Padres Superiores y con la ayuda de la comunidad, a quien pido se acuerde [de mí] en sus oraciones”.

Y en la posdata añade: “Estaré con mi madre y hermana todo el mes de octubre en Ávila en el hotel Inglés, desde donde me iré D. m. a Oviedo, pero le ruego me envíe la contestación a casa de mis tíos, pues no desearía que mi madre se enterara de mis gestiones hasta el último momento”.

Será a partir de este segundo período cuando Rafael empiece a conocer otros rostros de la Trapa, debido a su nueva situación, y al clima menos grato en que ahora va a vivir. Los cambios del padre maestro y de confesor, el régimen casi hospitalario, los achaques de la enfermedad o la agresividad del padre Pío contribuyen a ello. Sin embargo Rafael no se negativiza. Al contrario, si en el primer período había revelado su capacidad de idealización, en este segundo va a revelar su capacidad de adaptación y aceptación de la contrariedad, sostenida por el convencimiento de que Dios le ha querido cambiar la ilusión primera por una vocación más desnuda y esencialmente centrada en Él. Rafael constata su evolución en una carta a su tío desde el monasterio:

“Créeme, hermano, he cambiado mucho de manera de pensar y de sentir”.

Y como aprovechando el poco tiempo que iba a permanecer en el mundo, continúa su carteo casi ordinario a vuelta de correo con sus tíos. El 22 de noviembre escribe a su tío Polín, que se hallaba en Toro, y después de decirle que encomienda muchísimo a la Virgen sus asuntos, le cuenta que después de navidades se irá a la Trapa, y alaba profundamente el gesto de su padre, por la ofrenda que ha sabido hacer de su hijo a Dios por segunda vez:



“**Todo** le ha parecido a mi padre muy lógico, muy justo, y en **todo** ha visto la mano de Dios... Cuando se lo dije, lo primero que me contestó fue “que él había hecho una renuncia completa en manos de Dios..., que el sacrificio que había hecho de entregarme a Dios, estaba gustoso de volver a repetirlo, pues él no quería más que una cosa..., que yo fuera santo, para santificarle a él..., que por su parte siempre me ayudaría en todo pues no quería más que mi felicidad y veía claramente que yo para el mundo no servía..., y que no solamente no le daba una pena ni un disgusto, sino una alegría inmensa y una gratitud hacia Dios muy grande de que el Señor me haya llamado tan insistentemente, y de que mi vocación la vea él tan segura”.

El mismo día 22 escribe también a su tía María –y tanto en una como en otra carta se equivoca, poniendo Santa Lucía, cuando en realidad era Santa Cecilia–, y después de decirle que ha escrito a su esposo, aprovecha el silencio de la casa para

escribirle a ella, unirse al día siguiente en la oración y explicarle cómo debe ver a Jesús en todo:

“Si te fijas –le dice–, le verás en todas las criaturas y en todas partes..., y estarás tú en Él, y Él en ti... ¿Te acuerdas de lo que te decía del mar?... Hoy precisamente he estado en Gijón, y al ver ese mar tan grande, pensaba en Dios..., y después pensaba: ¡Qué pequeño es el mar!... El mar tiene un límite, una superficie y una profundidad, y Dios no... Dios no tiene límite, y cuando nos hundimos de veras en Él..., entonces no vemos nada, le vemos a Él en todo, todo es Él... ¡Qué grande es!, ¿verdad?”.

Rafael coincide con San Juan de la Cruz, que llama al mundo de las criaturas “el Palacio para la esposa, hecho con gran sabiduría”. Las criaturas son reflejo de Dios impronta de su ser, de manera que a través de ellas pueden rastrearse las huellas del Creador. La creación es camino hacia Dios.

En varias ocasiones de sus escritos, Rafael nos cuenta su afición a contemplar la naturaleza para, desde ella, elevarse hasta Dios. Unas veces será el mar; otras, las espléndidas panorámicas de Asturias, o los amplios horizontes de su Castilla natal. Rafael siempre amó la belleza de la creación y su función mediadora en la elevación del alma al Absoluto.

No hay duda de que la contemplación de Dios en la natu-

raleza, y en los seres en general ocupa para él, un lugar importante: “El hablar de Dios y de las obras de Dios en las criaturas –escribe en otra ocasión– es lo único que me interesa en esta vida”. En la grandeza de la



creación descubre siempre la presencia inmanente del Dios que todo lo llena, y que acaba imponiéndose a su mirada orante. Dios está en todo, y lo penetra de tal modo, que llega incluso a escribir en este momento que **todo** es Dios, en el sentido de una inmanencia trascendente de la divinidad correctamente entendida.

Es evidente que Rafael practicó ampliamente la contemplación de la Naturaleza mucho antes de entrar en el monasterio. Su sensibilidad estética y espiritual no podía menos de sentir una profunda atracción por las grandezas naturales, ante las que experimentaba su propia pequeñez, y en las que veía reflejada la grandeza infinitamente mayor de Dios.

Es cierto que Rafael vibra profundamente ante las bellezas naturales, pero estas no son, en último término, sino trampolín y reflejo: motivo de “abismamiento”, según una expresión utilizada con cierta frecuencia por él, para expresar la absorción espiritual, por eso dice: “Hermoso es el cielo, la tierra y sus moradores, “pero no eres Tú”, y a Tí quiero llegar a través de todo y de todos”.

El trascendimiento espiritual no anula en absoluto el amor espontáneo a la Naturaleza, sino que lo sitúa en su lugar. El “abismamiento” no elimina la creación, más bien esta queda asumida en el movimiento admirativo del alma, y se convierte con él en cántico de gloria a Dios en concierto y armonía: “Que toda la tierra te alabe, Señor”.

La contemplación de la Naturaleza no es más que un inicio para sacar al alma de su sueño y despertarla al sentido del Absoluto: “Dios está en todo, pero ese todo no es Dios”. Y utiliza entonces Rafael la bella imagen de la niebla: “Contemplar a Dios en las criaturas es como mirar un paisaje a través de la niebla; las criaturas son la niebla.

Es cierto que en todo está Dios, pero está como detrás: detrás de lo que los sentidos perciben, los sentimientos sienten y las ilusiones sueñan. El verdadero paisaje es Dios en Sí mismo, y para contemplarlo hay que disipar la niebla y descender a la completa soledad de espíritu.

Después de todo este desahogo espiritual, pide perdón a su tía por contarle siempre las mismas cosas: “Pero no hay nada que hacer..., ¡Pobres pajarillos, que lo único que saben hacer es piar..., y piar siempre lo mismo!”

Esta carta va a ser muy larga, pues como esa noche le toca la adoración nocturna, teme quedarse dormido, y la va a pasar en vela, por lo que la unirá al día 23, y en ella desarrollará los más diversos temas.

El primero de ellos es una “santa impaciencia”, un continuo suspiro por adherirse a Dios “cuando Él nos podía llevar de una vez con una sola mirada”... De ahí la queja del salmista, que la hace suya: “¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?”. Pregunta característica que el rey David en el salmo 12 repite cuatro veces, y que Rafael repetirá muchas más, expresando la urgencia, la impaciencia que siente para mover a Dios, pues según Rafael, “no se descansa pensando en Él. El corazón se agita, se mueve y no espera más descanso: que el Señor lo tome de una vez, o que lo ensanche de tal modo, que lo podamos resistir”.

Y añade: “Cuando se vive así... qué mal se vive, ¿verdad? Pero al mismo tiempo, qué dulce el saberse con el corazón destrozado por amor de Dios. No sé si me entiendes..., pero el día que efectivamente tengamos tanto amor a Dios, que no podamos con él, no nos hará falta pedir a Dios que nos lleve... Él nos llevará sin que nosotros le digamos nada”.

Alegría santa de vivir.

Otro tema que expone a su tía, es el de la “santa alegría de vivir” (...) “¿Sabes por qué? Porque vivo para Dios y en Dios. ... Sobre esto me parece que hablamos y convenimos que es flujo y reflujo de nuestra alma sobre la materia y de la materia sobre el alma, unas veces deseamos mil muertes y otras, mil vidas, si con ellas pudiéramos reparar algo las ofensas a Dios”.

No es de extrañar que a pesar de los consejos que da a su tía sobre la indiferencia y el desapego, a él le veamos vacilar en

más de una ocasión. De hecho, su vida, por este tiempo se parece lo menos posible a un mar en calma. En estos meses que preceden inmediatamente a su segundo ingreso en el monasterio, está pasando por una situación llena de contrastes en su interior, y que él llama “flujo y reflujo del alma”, según la imagen de las subidas y bajadas del mar.

Y comenta una frase que su tía le ofrece: “Tienes mucha razón en eso de que el que empieza a dar, empieza a amar”; y Rafael le abre su interior:



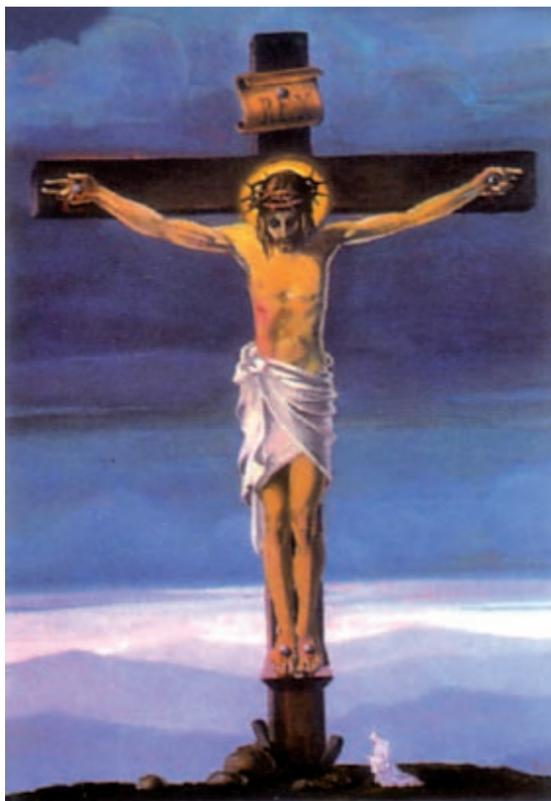
“Mi alma es un volcán encendido próximo a estallar; no puedo continuar así, no puedo Señor... tengo unas ganas de encerrarme en mi monasterio, para que allí, en silencio con los hombres, pueda lanzar a Dios esos gritos que llevo dentro, y que **no acaban de salir...** Ten caridad, hermana, dices que queman mis cartas, pero te aseguro que estoy por dentro... Es muy grande el Señor para un alma tan pequeña como la mía”.

Por este tiempo, son frecuentes en Rafael las expresiones de un amor exaltado: amar a raudales, amar a Dios como nadie le haya amado... Su altísimo potencial afectivo, que fue siempre una de sus mayores riquezas psicológicas, y precisamente por eso, una de sus mayores fuentes de sufrimiento, estaban bien domesticadas, aunque en su intensa vida espiritual estuviera ya

todo él volcado hacia Dios. Volcado, sí, pero todavía no apaciguado. Ello se traslucía espiritualmente en una fuerza de tipo más bien impulsiva, que en ocasiones le costaba trabajo controlar.

Usa la palabra “desatino”, y en otras ocasiones hablará de un amor que hace locuras. Sin embargo, Rafael nunca perdió el equilibrio interior, ni se sobrepasó jamás. Al contrario, gracias a su gran capacidad de dominio, fue siempre sabiéndose contener y encauzar con prudencia y discernimiento en el sentido de un sentimiento amoroso y bien ordenado, sobre todo por la progresiva experiencia de su sufrimiento.

Una prueba evidente de la gran prudencia con que supo controlar su rica energía afectiva fue su firme voluntad de que “el volcán interior” que llevaba dentro nunca se advirtiese exteriormente. Siempre



ocultó sus “ardores”, menos a su tía María, porque él encontraba en ella un espejo de su alma, y pensaba que solo almas gemelas entienden sentimientos semejantes, por eso le dice:

“No sé si hago bien en hablarte de todo... Al descubrirte mi corazón, te entrego y pongo en tus manos el tesoro que tengo, que es ese amor a Dios; esto quizá tu sola lo entiendas, y es a la única persona que hablo así”.

Nadie debe enterarse de lo que pasa en el corazón, piensa. El comportamiento exterior debe ser normal, no afectado. Y en este sentido da a su tía una serie de preciosos consejos, de cómo compaginar una vida espiritual interior intensa, con una normalidad en el comportamiento externo:

“Haz un cielo dentro de tu alma..., pero mira: **no des a entender** tu vida interior, ni se **traduzca** al exterior tu **desasimiento** de todo... Fácilmente se falta a la caridad..., sé santa, pero una santa que esté en todo; habla, ríe, consuela a los demás..., enciértrate en ti misma con ese Jesús a quien tanto amas, pero ocúpate con caridad de todo y de todos, aunque algunas veces te violentes”.

Como ha comenzado su carta a las ocho y media de la noche y esa noche le toca la Hora Santa, prefiere no acostarse y así estar atento, cuando llegue el momento del relevo. Y le comenta lo que va a decir al Señor en esa Hora Santa:

“Esta noche voy a meditar en la oración las palabras de San Juan de la Cruz ‘Mi alma se ha empleado’. Te aseguro, que solamente con eso tengo para muchos días, pues muchos días llevo con ello. Y cuando me pongo delante del Señor, siento un consuelo muy grande en rumiarse ese verso, y aún no he llegado a comprenderlo bien..., pero no me importa, ‘pues tan solo el amar es mi ejercicio’. ¡Ah! Si eso fuera verdad... Pero llegará, llegará día en que me alimente solo de amor a Dios”.

El carmelita español es, sin duda, la fuente especial de inspiración de Rafael. San Juan de la Cruz le proporciona unas claves básicas de espiritualidad que Rafael no abandonará jamás. Algunos versos concretos le sirven especialmente como materia de profundización en su propia vocación, como este, que el Hermano se pasará rumiando durante días enteros para penetrar más en su sentido.

Y cambia de tema, hablándole del ejemplar comportamiento de su padre para con él respecto a su segunda entrada en la Trapa:

“Estos días está mi padre conmigo que no sabe qué ha-

cer. Comprende que estoy luchando conmigo mismo, y aunque no transparente nada de lo que llevo dentro, algunos días tengo que hacerme un esfuerzo. (...) Yo también tengo a ratitos mis agonías, pero son muy cortas. (...) Estoy contando los días... y se me está haciendo el tiempo más largo... Y otras veces tan corto que no sé. Me esperan unos días en los que necesito que me ayudes mucho. ¿No me decías que te lo pidiera cuando me hiciera falta?... Ya te iré contando los pasos que voy dando hasta verme en el monasterio. Pero aún tengo, mejor dicho tiene el Señor que limar muchas asperezas, y espero la cruz, que no sé cómo va a ser, pero la espero... Que el Señor mande sobre mi lo que le plazca... No hay más remedio que dejarle hacer a Él”.

Y aquí termina la carta del día 22, a las dos y media de la mañana. Ha dormido seis horas, y después de la adoración continúa escribiendo el 23 de noviembre:

“Hoy estoy muy soso. No sé lo que me pasa. (...) Como ves, a veces el volcán parece que duerme y no se oye ningún ruido; entonces **humanamente** parece que descansó algo; no sé si me entiendes. (...)

A las doce me voy a hacer la visita al Señor, para que allí, en su presencia, sin saber qué decirle, recurra a san Juan de la Cruz, y le diga: Señor ya no guardo ganado, ni tengo otro oficio... Señor, tú lo eres todo para mí”.

Y comenta san Juan su propia poesía: ‘*Ya no guardo ganado*’ es tanto como decir: ya no me ando tras mis gustos y apetitos, porque habiéndolos puesto en Dios y dado a Él, ya no los apacienta ni guarda para sí el alma”.

Dice además: ‘*Ni ya tengo otro oficio*’, pues muchos oficios suele tener el alma, antes de que llegue a hacerse esta donación y entrega de sí y de su caudal al Amado, con los cuales procuraba servir a su propio apetito y al ajeno, porque de todos cuantos hábitos de imperfecciones tenía, tantos oficios podemos decir que tenía.

...Suele tener otros apetitos con que sirve al apetito ajeno,

así como ostentaciones, cumplimientos, adulaciones, respetos, procurar parecer bien y dar gusto con sus cosas a las gentes, y otras cosas muchas inútiles, con que procura agradar a la gente empleando en ellas el cuidado y el apetito y la obra, y finalmente el *caudal* del alma.

Todos estos oficios dice que ya no los tiene, porque ya todas sus *palabras*, sus *pensamientos* y sus *obras* son de Dios y enderezadas a Dios, no llevando ellas las imperfecciones que solían. Y así es como si dijera: ya no ando a dar gusto a mi apetito ni al ajeno, ni me ocupo ni me entretengo en otros pasatiempos inútiles, ni en cosas del mundo, que *solo en amar es mi ejercicio*". Como si dijera: que ya todos estos oficios están puestos en ejercicio de amor de Dios; es a saber, que toda la habilidad de mi alma y cuerpo, memoria, entendimiento y voluntad, sentidos interiores y exteriores, y apetitos, de la parte sensitiva y espiritual, se mueven por amor y en el amor, haciendo todo lo que hago con amor, y padeciendo todo lo que padezco con sabor de amor".



FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

ÉXITO EN LA OPERACIÓN DE SU HIJO

El día 31 de mayo de 2019, operaron a nuestro hijo de un tumor en la encía. La doctora que le atendió nos informó que “había que cortar la mandíbula”. En visitas sucesivas nos dijo lo mismo: “es un tumor invasivo y no hay otra alternativa”. Y después de ver el TAC que le hicieron siguió opinando igual.

Rezamos con tanta fe, que mi amigo san Rafael nos escuchó. No tengo duda de ello. El resultado de la biopsia, después de tenerla que repetir, dio negativo. Por eso queremos dar las gracias a nuestro Santo y pedirle que nos siga ayudando.

Ester Pascual Infestas. Valladolid

COMPENETRADA CON EL HERMANO RAFAEL

Soy una Hermana Clarisa y escribo desde Ciudad Darío, Nicaragua.

Hace mucho tiempo que conocí al Hermano Rafael, “Mi hermanillo” ya desde hace 9 años. En ese entonces era yo novicia de esta Orden de Santa Clara, siendo hoy de votos solemnes.

Desde que el Señor permitió encontrarme con el Hermano Rafael, ha sido como si dos corazones se hubieran unido. ¡He encontrado en sus escritos tanta profundidad...! He descubierto que muchos de sus deseos son también los míos.

Entre él y yo existe mucha similitud, empatía y simpatía. Lo quiero mucho y me ha ayudado enormemente en crecer en amor apasionado por Jesús, la Virgen, las almas...

Sor Clara Mariana Alarcón, osc

EVANGELIZANDO CON RAFAEL

Tengo mucha devoción al Hermano Rafael Arnaiz. Hace tiempo una Hermana dominica me dio el Boletín. ¡Madre mía lo que me ayudó! Lo tengo hasta subrayado. Ahora ya lo recibo.

El Hermano Rafael hace mucho bien. Yo limpio en un hospital y evangelizo sus cosas. Les digo a los enfermos: “Ánimo que la Virgen te acompaña”, “Dios es nuestro refugio y nuestra fortaleza”, “Cuanta ternura tiene esa divina Madre”... y les digo muchas más cosas del Hno. Rafael. Les hablo mucho de él, lo sencillo, lo humilde que era... Les digo que el Hno. Rafael también estuvo enfermo... Cuántas familias, enfermos y acompañantes se encomiendan al Hno.

FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

Rafael, y ¡cuántas gracias hace! y, sobre todo, ¡cuánta paz da!

Puedo decirle que para mí es como si tuviese un director espiritual en casa. Por donde lea siempre me dice algo; siempre me da mucha paz. Hoy me decía: “Detrás de eso que tú no ves está Jesús”. Con una frase me lo dice todo.

Mari Carmen. Orihuela

* * *

EL OUDIO SE TORNA EN SERENIDAD

En esta carta cumplo parte de una promesa. Todo ser humano tropieza a lo largo de su vida y en algunos casos de forma diaria. A veces con personas que buscan “por h o por b”, complicarnos la existencia desde su posición circunstancial de superioridad. Les cuento mi caso. Un señor (por una inexplicable rencilla personal con mi familia) aprovechó la coyuntura de ser profesor mío en la carrera y luego en el master que cursé con él, para disfrutar de mi indefensión dejándome públicamente en evidencia, ridiculizándome e intentando hacerme “saltar” y así encontrar verdaderos motivos y explicación lógica de cara a una posible sanción o expulsión del centro. En reiteradas ocasiones ha llegado a airear temas de mi familia en tono jocoso y, hasta públicamente me decía: “dale recuerdos a tus padres”. En los exámenes finales la nota siempre rondaba el 4,8 - 4,9, y con una sonrisa decía: “¡Casi!”.

Concretamente, antes de comenzar el último examen, dijo delante de toda la clase, mirando fijamente: “Vamos a ver qué pasa. A todo cerdo le llega su San Martín”. Siendo la última asignatura del máster y llevando en el resto media de notable me puso un 4,8, basándose en unas hipotéticas notas de “actitud” que nunca pueden demostrarse ya que se asignan según criterio subjetivo. Fui conecedor de la noticia en el barbero, y di un bote digno de haber perdido la oreja izquierda. No podía ser. No podía estar haciéndome la vida imposible otra vez. El calor que sentí por el cuerpo, apretando puños y dientes, me llevó al impulso primario del odio. Si lo hubiera tenido delante no me quiero imaginar qué habría pasado... Recé y recé pero no terminaba de tranquilizarme. Eran varios años aguantando calladamente todo tipo de ataques sibilinos... Hasta que me di cuenta: el demonio estaba ahí aprovechando esa gota que colma el vaso. Mi odio, como el de cualquiera, lo estaba alimentando. Eso me repugnó y fui corriendo a confesarme. Al día siguiente en Misa me fijé en una mesita sobre la cual se encontraban revistas, panfletos, estampitas, etc. Casi todas eran de Santos que me resultaban gratamente familiares, pero entre todas vi una cara completamente nueva. Era la de san Rafael Arnaiz, Santo del que nadie me había hablado antes y que desde entonces me acompaña inseparablemente a todas partes. Leí su vida y recé fervorosamente la oración que

FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

había en el reverso. Automáticamente vi todo claro: debía dejarlo en manos de Dios. Dejé de odiar y no permití siquiera que hablasen mal de él los que conocían mi situación. Fui a la revisión y, entrando en el edificio, casi como si estuviera todo preparado para grabar una escena de acción, cruzó delante de mí con una sonrisa forzada y levantando las cejas reiteradamente. Esperaba verme reaccionar por fin de forma violenta. Después de todo lo sucedido no sé cómo de mí salió una fuerza desconocida para decir: “¡Muy buenos días!” con un alegría limpia que en absoluto se acercaba a la ironía. A continuación pasé de largo hacia el despacho del catedrático donde se realizaría la revisión; por supuesto este último no tenía nada que ver con la nota.

No quedó ahí, me persiguió y preguntó una vez más, como si fuese la última oportunidad de reírse de mí: “¿Qué tal la nota?”. Le respondí felizmente: “Pues como se imagina, el 4,8 me tiene fastidiado pero, gracias a Dios, todo lo demás muy bien”. Ahora me río, pero vaya tela. Él, que me había puesto la nota no tuvo otra cosa que decir: “¿Un 4,8?, ¡huy!, ¡qué cerquita te has quedado! ¡Para otra vez!”. Rematando con el ya clásico y provocador: “¡Dale recuerdos a tus padres!” En cuanto lo vi irse, por fin, pasé al despacho del catedrático. “Le pido disculpas. No es de recibo que haya tenido que venir usted aquí por un 4,8; está aprobado. De verdad; no sé a quién se le ocurre poner un 4,8 en un máster”.

Todo esto quedo en una mera anécdota gracias a Dios y la intercesión de San Rafael Arnaiz. No cito a propósito el nombre del “protagonista”. Le deseo lo mejor, pero por supuesto me alegro de no tener que volver a verle.

Doy fe de que no sólo todo lo expuesto es rigurosamente cierto, sino que además hay gran parte de los hechos que no se pueden explicar con simples palabras. Garantizo que san Rafael Arnaiz intercedió para que dejase todo en las manos de Dios, dejando a un lado el odio, apoyándome en la templanza.

Juan Manuel. Córdoba



DONATIVOS

Gracias a todos vosotros, los lectores del Boletín y a los que seguís con entusiasmo la espiritualidad de San Rafael, y especialmente a los que con vuestros donativos hacéis posible esta publicación semestral. Damos a continuación vuestros nombres.

ASTURIAS

Oviedo: Rosa Moro

Mieres: José Vázquez

BARCELONA

Martorell: Ramón Serra

Tarrasa: M^a Eulalia Pinyol

BURGOS: Juana González

Monasterio San Bernardo

Aranda de Duero: Ramón
Martín

CÁDIZ

Jerez de la Frontera:

Clarisas de San José

CANARIAS

Puerto de la Cruz:

Teresa Pérez Medel

Santa Cruz de Tenerife:

Antonio Hurtado

CIUDAD REAL

Utiel: Gloria Gálvez

CUENCA: Teresa García y

amigas

JAÉN

Torredonjimeno: Pilar Muñoz

LA RIOJA

Alfaro: HH. Escuelas

Cristianas

Haro: Josefina Pereira

MADRID: Pilar González, P.

Ruano, Familia Castellano,
Oliva Omaño, María P. Goñi,
Sor Antonia Sanz

Collado Villalba: Felicidad
Yubero

MALAGA

Bobadilla: M^a del Carmen
Mochuca

MURCIA: Fraternidad del H.

Rafael

La Palma: Rosita Giner

San Ginés: Jesús A.
Hernández

NAVARRA

Pamplona: María Panero

PALENCIA: Casilda García,

Dolores Merino, Familia Bueno
Conde, Mercedes Díez, Antonio
Díez

Arbejal: Chema Simal

Venta de Baños: Anónimo

Itero Seco: Pilar Ibáñez

SALAMANCA: Carmen Madurga

Cabrerizos: Descalzas

Mogarráz: Lucía Morillo

SANTANDER: Luciano García,
Ignacio Antolín

TERUEL: M^a José Amela
Hijar : M^a Josefa Gálvez
Rubielos de Mora: Hermanas
Agustinas

VALENCIA: Blanca Velasco,
Catalina García, Vicenta López,
Rosita Giner
Llidia: Rafael Roca
Bocairent: M^a Tina García

VALLADOLID: Manuela Romo,
Vicente Puparelli, Misioneras
Mercedarias, Esther Pascual

ZAMORA
Benavente: Blanca Fernández

ZARAGOZA: M^a Jesús Lerma
Carmelitas Asunción

Borja: Hermanas Clarisas

CHILE: Nieves López

Para los envíos de testimonios, favores, donativos y consecución de reliquias, dirigirse a:

Secretariado de San Rafael Arnáiz Barón.
Abadía Cisterciense
34208 SAN ISIDRO DE DUEÑAS (Palencia)

Si desea enviar su donativo mediante transferencia o ingreso en cuenta Bancaria puede hacerlo en una de las siguientes:

Banco Bilbao-Vizcaya Argentaria (BBVA), Palencia: 0182-0496-66-0000031957

Banco Español de Crédito, Palencia: 0030-6018-13-0850204272

Banco Santander Central Hispano, Palencia: 0049-6740-64-2195023211

También puede enviar su donativo mediante Cheque o Giro Postal.

Desde fuera de España puede hacer llegar su donativo mediante giro postal internacional, cheque bancario o transferencia a la cuenta.

Entidad Bancaria: Banco Bilbao Vizcaya Argentaria (BBVA) en Palencia.

IBAN: ES40 0182 0496 6600 0003 1957

BIC: BBVAESMM

Nota.- Al hacer sus ingresos en cuentas bancarias, agradeceríamos que nos envíen fotocopia del justificante ya que el Banco no pasa aviso de ello. Simplemente hace el ingreso, sin detallar nombre y población. Gracias.

Redacción: 34208 San Isidro de Dueñas - Venta de Baños (Palencia)
E-mail: secretariadosanrafael@abadiasanisidro.es
www.abadiasanisidro.es (Hermano Rafael)

DIRECTOR: Hno. JOAQUÍN LÓPEZ SERRA

DATOS BIOGRÁFICOS

San Rafael Arnaiz Barón nació el 9 de abril de 1911 en Burgos (España), donde también fue bautizado y recibió la confirmación. Allí mismo inició los estudios en el colegio de los PP. Jesuitas, recibiendo por primera vez la Eucaristía en 1919.

Dotado de una precoz inteligencia, ya desde su primera infancia daba señales claras de su inclinación a las cosas de Dios. En estos años recibió la primera visita de la que había de ser su sino y compañera: la enfermedad que le obligó a interrumpir sus estudios.

Recuperado de ella, su padre, en agradecimiento a lo que consideró una intervención especial de la Stma. Virgen, a finales de verano de 1922 lo llevó a Zaragoza, donde le consagró a la Virgen del Pilar, hecho que no dejó de marcar el ánimo de Rafael.

Trasladada su familia a Oviedo, allí continuó sus estudios medios, matriculándose al terminarlos en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid.

Con una inteligencia brillante, Rafael estaba dotado de destacadas cualidades para la amistad. A la vez que crecía en edad y desarrollaba su personalidad, crecía también en su experiencia espiritual de vida cristiana.

En su corazón bien dispuesto, Dios quiso suscitar la invitación a una consagración especial en la vida monástica. Habiendo tomado contacto con el monasterio cisterciense de San Isidro de Dueñas –su Trapa– se sintió fuertemente atraído por lo que vio era el lugar que correspondía con sus deseos íntimos. Allí ingresó el 15 de enero de 1934.

Dios quiso probarle misteriosamente con una penosa enfermedad –la diabetes sacarina– que le obligó a abandonar tres veces el monasterio, adonde otras tantas volvió en aras de una respuesta generosa y fiel a lo que sentía ser la llamada de Dios.

Santificado en la gozosa fidelidad a la vida monástica y en la aceptación amorosa de los planes de Dios, consumó su vida en la madrugada del 26 de abril de 1938, recién estrenados los 27 años, siendo sepultado en el cementerio del monasterio.

Pronto voló imparable su fama de santidad allende los muros del monasterio. Con la fragancia de su vida, sus numerosos escritos continúan difundándose con gran aceptación y bien para cuantos entran en contacto con él.

El 20 de agosto de 1989, SS. Juan Pablo II, con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud, le propuso como modelo para los jóvenes en Santiago de Compostela, declarándolo Beato el 27 de septiembre de 1992 para gozo de la santa Iglesia y prenda de gracias para todo el pueblo de Dios.

Finalmente el domingo 11 de octubre de 2009 fue canonizado por el Papa Benedicto XVI en la Basílica Vaticana.



Virgen Dolorosa (hoy desaparecida) de la Hospedería de la Trapa

SAN RAFAEL - 34208 VENTA DE BAÑOS (PALENCIA)

Por favor, indique con una X la causa de la devolución

Dirección inexacta.....	<input type="checkbox"/>
Desconocido.....	<input type="checkbox"/>
Ausente.....	<input type="checkbox"/>
Rehusado.....	<input type="checkbox"/>
Fallecido.....	<input type="checkbox"/>
Cambio domicilio.....	<input type="checkbox"/>

FRANQUEO CONCERTADO 32/23